

**PUROS
CUENTOS**

COLECCIÓN TAMBIÉN ES JALISCO

Ricardo Urista Alvarado

SECRETARÍA DE CULTURA—GOBIERNO DE JALISCO
2016

Primera edición, 2016

D.R. © Ricardo Urista Alvarado
D.R. © Secretaría de Cultura de Jalisco
Gobierno del Estado de Jalisco
Av. La Paz 875, Zona Centro
C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco. México

Alonso González
Diseño portada

Bernardo Castillo
Corrección de estilo

José María Sánchez
Diseño editorial y formación

ISBN: 978-607-734-085-0

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

**PUROS
CUENTOS**

COLECCIÓN TAMBIÉN ES JALISCO

Ricardo Urista Alvarado

PREFACIO

En los años 60, 70 a raíz de que en el pueblo no había luz eléctrica o recién había llegado –es decir, dos horas en la noche había una luz sumamente mortecina y tenue, que iba y venía en porciones–, las velas y el aparato de petróleo (quinqué), seguían siendo de relevante importancia y necesidad a las familias colotlenses. A la poca luz de estos instrumentos lumínicos, los colotlenses tomábamos la cena en familia y sin imaginar que poco tiempo después las casas se saturarían de aparatos receptores de información (radios y televisores). Los colotlenses nos veíamos favorecidos con una amplia comunicación de persona a persona sobre eventos que sucedían en nuestro entorno, otros tantos imaginarios y otros que al ir de boca en boca –y siguiendo una franca tradición oral–, crecían y aumentaban su contenido. Estas historias, leyendas, comentarios populares, etc., que se contaban en las esquinas de las calles empedradas y polvorientas, a la luz de la luna, terminaban casi siempre con una frase, para despedir a los interlocutores, que decía: “puros cuentos, y ya vámonos que se hizo tarde”... A raíz de esto, la gente que escuchaba los relatos –en mi caso siendo un infante– no sabíamos que tanto de lo que habíamos escuchado de los mayores era verdad.

Esa es la razón del título de este libro *Puros Cuentos*, mediante el cual pretendo dejar plasmadas en un paisaje literario algunas de esas historias que, sin duda, en mi imaginación tomaron forma, crecieron y fueron guardadas durante años, y

que ahora en mi posición de adulto quiero compartir con las nuevas generaciones, y recordarlas a las generaciones adultas y a aquellos que, de manera contemporánea, en nuestra infancia escuchamos historias similares.

Considero que el valor de este libro radica en el rescate de nombres de personajes, costumbres y lenguaje ahora en desuso causado por los cambios que toda sociedad de manera natural tiende a pasar a consecuencia del crecimiento demográfico, la urbanización y la tecnología. Estoy casi seguro que el contenido de este libro será un símil de muchos de los eventos, personajes y circunstancias de la mayoría de las poblaciones cercanas a Colotlán, del resto del país, e incluso de Centro y Sudamérica, y algunos rasgos paralelos podrían ser encontrados en poblaciones de la provincia española e italiana.

Externo mi agradecimiento a los abuelos, a los padres de Colotlán y la región que hoy en día son adultos mayores, incluyendo a aquellos que se han ido, llevándose mucha de esta riqueza oral, y a todas aquellas personas, autoridades y dependencias culturales estatales y municipales que han hecho posible, con sus diversas contribuciones, la materialización de este libro.

RICARDO URISTA ALVARADO

COLOTLÁN, JALISCO, OCTUBRE DEL 2015.

RUIDOS DE LA MAÑANA

Se oyen rechinar las puertas de madera con el forcejeo para abrirlas, sobre todo en tiempo de aguas, algunas arrastran y pegan en el piso de ladrillo de los zaguanes, junto a las tran-cas que se retiran, las aldabas y picaportes que giran; las es-cobas de popote hacen su canción en el empedrado junto con el rocío del agua regada a tinazos para no levantar el polvo, que despierta el olor a tierra mojada.

Eran las cinco de la mañana, los gallos cantaban aquí y allá, se oían ladridos de perros a lo lejos, mientras que unos gatos amorosos hacían su festín en las azoteas, un burro re-buznaba apurando a su amo a irse a la labor, mientras que éste anunciaba su partida con el ruido de las guarniciones. Los cascos de las pezuñas del montón de burros del arenero don Ángel hacían su ritmo continuo contra las piedras, como se oye cuando llueven grandes gotas de agua, que iba de me-nos a más cuando se acercaban y de más a menos conforme se iban distanciando camino al arroyo a llenar sus cajones, perdiéndose entre el color aún oscuro de la madrugada.

Las campanas del reloj público hacían su intervención cada cuarto de hora, mientras que en la plaza las puertas de los comercios se abrían, pues había que surtir la provisión de los que se iban a trabajar temprano; igual en el mercado, los cargadores iban y venían con rejas de jitomate, cebolla, chiles y frutas, al tiempo que los dependientes comienzan a hacer su coro a la voz de “Pásele marchantitaaaaa, ¿qué va a lle-varrrrrr?” mientras acomodan los quesos, los piloncillos o los dulces de camote, calabaza, biznaga, chilacayote o alfajor; y en las menuderías, ni se diga, casi ni durmieron las doñas velando el menudo, para los trasnochados. Allá en casa de

las condocheras el pan de chiquigüite también contribuye a la sinfonía, con su muy peculiar ruido de hojas de lámina que salen de los hornos de barro y piedra, al igual que lo hacen las charolas de la panadería, donde huele a pan calentito.

Un alfarero comienza a moler la tierra con su piedra a vuelta y vuelta, haciendo crujir los terrones, y otro se suma con el zumbido del trompo, donde tiene una bola de barro lista para hacer una maceta.

En una esquina de la calle principal se oyen unos músicos trasnochados en compañía de unos borrachos que quieren que les toquen más; una guitarra, un tololoche y un violín, que ya se oyen adormilados pegan un respingo cuando en la casa de enfrente se oye doña Chuy gritando: “¡Ya cállense músicos desafinados, vayan a hacer ruido a su casa borrachos hijos del maíz!”, el ventanazo que se cierra, hace el tantán de la canción, mientras que uno de los borrachos dice: “¡Pos ni que usté les pagara, tóquenle una canción a esta vieja para que se contente!”, luego unos disparos de 22 que salen de la azotea, es el esposo de doña Chuy.

Por la otra banquetta varios tacones se oyen, unos finos de mujer en fiesta, otros de botas de charro, son los últimos que vienen del baile del otro lado del río, porque se casó Chilo con Inés; todavía traen platos de carne de cochino en mole y sopa de arroz, de la que dieron de comer en la tarde, para recalentado, y una botellita escondida, que se llevaron para curarse la cruda; nos tocó limpiar las ollas, dice una de las arregladas mujeres que trae la boca roja, no se distingue bien si es de la pintura corrida o del mole que comió, los pies se le temblequean del cansancio por los tacones, ya que siempre trae huaraches y no está acostumbrada, solo usa tacones para las fiestas, y de tanto bailar en la tierra, ¡ya sabrán!; uno de los hombres se acomoda una y otra vez un escuincle que trae en brazos y que se les durmió en las sillas mientras se acababa el

baile, otro de ellos busca urgentemente una puerta con marco ancho donde se pueda orinar.

En la otra calle se oyen las patas y los mugidos de las vacas de don Simón que van al río a tomar agua, entre chiflidos, errias y malas palabras de los vaqueros que sogan en mano la hacen girar al aire y ¡riata por el lomo! para que no agarren para otra calle, de vez en cuando se escuchan las piedras que se estrellan en los cuernos para darles más dirección. En una puerta se embarran dos viejitas sorprendidas por el tropel del vacas que se hacen bolas a media calle; a dos calles más, a mano derecha, don Mariano baja nopales del carretón para las vacas también, haciendo con su tridente, parecido al que usa el diablo para empujar la gente que no quiere entrar a la lumbre, un ruido peculiar; en el río se oye crecer el agua que viene de la presa y los relinchidos de los caballos que se están bañando no se hace esperar.

Unos niños golpean contentos un cuchillo adentro del balde de lámina, porque van a los nopales con su papá o mamá; el señor gordo que tiene una pata de palo cruza el empedrado huyendo de los gritos de una vieja que la trae a trancazos el hombre, y don Paulino no quiere ser testigo; casi al final de la calle, marro contra piedra, los empedradores que arreglan la calle sacan chispas acompañando a la luz de los primeros rayos del sol.

En las cocinas se oye que tortean a mano, que amasan en la batea; se oyen, como rehiletes ladinos, los carrillos de los pozos que giran fuerte dando dirección a la sogas, mientras que la cubeta que baja por agua va pegando en las paredes del pozo; los molcajetes y metates a dale y dale, los molinos de manivela moliendo queso o quebrando maíz, a la vez que los olores a tortillas calientes, a chile de molcajete, a frijoles fritos, a queso fresco y a huevo con chile lo acaban de despertar a uno; allí cerca se oyen lamentos y llantos de los parien-

tes del difunto Hilario, que ya no tenía remedio, era del siglo pasado, y ya estaba todo blanco desde hace como cuarenta años, blanco del pelo, de las barbas, las cejas y las pestañas, los huaraches también blancos, la ropa de manta blanca, ya nomás puso los ojos blancos como de manteca refinada y se fue todo de blanco, como un santo.

Un viento allá para la otra orilla hace chiflar los árboles de las huertas, donde se dan naranjas, limones y limas, nueces, aguacates y manzanas, sidras y membrillos para la cajeta, regados por el agua que corre de la presa que viene por los canales y luego por las acequias; se oye el azadón del Pecherudo que bate el lodo con los pies entre pazojos de burro para sacar de ahí los adobes; se oye cerquita don José el de la leña, que estruendosamente avienta la carga a la puerta de doña Socorro quien hace atole de maíz y tortillas para vender, después de aquí se va a algunas casas, que ya tiene entrego pedido, a dejarle su respectiva carga. Por aquel lado se oyen rechinar los ejes de la carreta del viejito del ojo y la gorra apachurrados que trae la alfalfa para los cochinos; allá más abajo se oyen los chillidos de unos puercos que llevan al rastro y se quieren regresar.

Muchos pájaros en el jardín hacen su argüende junto al kiosco porque ya está amaneciendo, también en los árboles de las casas se oyen las torcazas y los nixtamaleros, en algunas cantan las purrichis como señal que va a llegar carta o visita de alguien querido. Los grillos ya terminaron su turno y su tarea de arrullar a los durmientes. El marro del herrero que golpea el hierro al fuego contra el yunque, el martillo de su ayudante que mete clavos en las pezuñas de algún caballo, los serruchos de los carpinteros y el punto de algún talabartero es mucho de lo que en este pueblo da gusto oír, y más si estos ruidos se acompañan de las risas de quienes los hacen. Da gusto levantarse temprano a tanta alegría acompañados

de unas tunas frescas, un buen jarro de aguamiel sacado al amanecer, o un quesito de tuna con atole blanco, ¡pa que más pedir!...

Allá, a la entrada del pueblo, se oye, junto con el ruido de un bote lleno de brasas y un huarache arrastrando, el sonido de una armónica al que le sigue una voz “¿Algo que quiera soldaaaaar? ¡El soldadoooooor!”. Pobres de los sordos que no oyen todo esto.

CUENTOS DE MAMÁ JESUSITA

Ya sabía yo, cuando era niño, que después de la leche con pan venía mi abuelita, me agarraba de la mano y me hacía una seña para donde estaba el catre, ya cuando me veía muy adormilado en la silla o en el marco de la puerta donde a veces cenaba, arrullado por la plática de los mayores, que a veces en lugar de dar sueño se lo espantaban a uno contando historias de puros aparecidos, de colgados o destripados; si cualquiera de esto pasaba, que me estuviera durmiendo o me estuviera con cara de asustado, ella nomás metía una mano debajo de mis corvas y la otra detrás de mi cabeza y ya sabía yo lo que seguía: acostarse a escuchar un cuento de su boca, ya fuera que lo hubiera oído, que se lo sabía o que, en el momento, lo iba a componer. A veces me contaba cosas que sí habían pasado, pero como mi abue decía: “de todos modos hay que echarles sal y pimienta a las pláticas”, así que ella les componía un poquito más.

Cuando el cuento estaba bueno no me dormía pronto, pero cuando eran de esos que ya me había contado como veinte veces o que no le ponía sal, mejor me hacía el dormido luego luego, no valía la pena gastar el tiempo de los sueños que a veces estaban mejor que los cuentos, y peor cuando ella comenzaba a cabecear primero que yo, y se quedaba dormida apachurrándome –cuando me apachurraba fuerte yo le estiraba los párpados o le abría los ojos para despertarla y que le siguiera porque estaba emocionante–; pero a veces empezaba con un cuento, se quedaba dormida y cuando la despertaba seguía contando otro distinto con el que empezó.

Allí estaba mi mamá Quita (Jesusita), otra vez junto a mí con su olor a abuelita; las abuelitas huelen diferente a las tías y a los

tíos, y a los primos también, los primos huelen como a tierra, los más grandes; las primas huelen más a jabón porque se bañan más que los primos, dos o tres veces por semana, los primos nomás los sábados y luego las primas que aunque no se bañen se untan crema que huele bonito y las peinan con limón; a los primos y a mí no nos gusta que nos pongan crema porque eso es para las viejas y no nos peinamos porque con la gorrita luego luego quedamos como pitacoches aporreados, mejor para qué.

Los primos chiquillos huelen a puros miados y los que todavía no caminan huelen a leche agría, yo ya no me orino en los calzones, ya tengo siete años, pero también huelo a algo porque mis cobijas se quedan con mi olor, así como a masa con sal; a mis hermanos les huelen los pies y los huaraches también, a cuero con tierra y sudor por tanto que juegan en el corral, en la calle o a veces van a parar al cerrito de la Santa Cruz o hasta la cueva de las Golondrinas donde juegan a los balazos, a veces se van al río al calicanto, dicen ellos: allá está el agua bien fría y se meten a jugar todos los chiquillos, dejaban los calzones en las piedras para no mojarlos y que no se fueran a dar cuenta sus papás, pero a mis hermanos cuando los bañan aquí con agua fría chillan; a veces se meten al río con to' y huaraches y se les hacen duros y arriscados y para aflojarlos hay que mojarlos otra vez, se les revientan y les tienen que mandar a hacer otros. Aquí hay muchos huaracheros, le dicen a uno que se pare en un cuero y con un lápiz le dibujan alrededor del pie de uno para saber el tamaño de la pata y como en ocho días están listos, los dejan poquito más grandes por lo que pueda crecer el pie en ocho días, dice el huarachero, les meten una horma de palo de mezquite para suavizarlos; los de correa blanca son para trabajar o ir a la escuela, los de correa café son para ir a la plaza los domingos.

Primero, cuando los huaraches están nuevos, se quedan pintados los pies en el cuero de la suela, después de unos

días los huaraches pintan los pies de café oscuro y trae uno las patas de abajo como tiznadas y no se limpian ni con jabón, apenas dándole duro con el estropajo o con la piedra de tallar los codos y las rodillas se quita poquito. Cuando se van a dormir mis hermanos, mi apá o mi amá les dicen que dejen los huaraches en el patio porque apestan el cuarto, pero mi abuelita les dice que también dejen las patas afuera, porque apestan igual que los huaraches, lo bueno de eso dicen ellos es que en su cuarto no hay chinches, ni arañas ni alacranes ni nada, ni si quiera los zancudos se meten aunque dejen la ventana abierta y si es cierto porque cuando andan afuera los zancudos les pican en todos lados pero no en los pies. Mi abuela les dice que algo le han de llamar a don Ángel, que a ese señor en el cerro no le pican ni las víboras por que trae las patas igual de hediondas que ellos y que hasta acá se oyen los zancudos estornudando a causa del olor.

Mi apá les dice que tengan cuidado, que no prendan cerillos en ese cuarto porque se puede quemar todo de un flama-zo, que hay mucho gas; yo no quiero que a mis hermanos les vaya a pasar algo, por eso les digo que se laven los pies, para que no se vayan a quemar cuando prendan la vela, pero no hacen caso; cuando mi amá les habla fuerte, nomás van y de un brinco se meten a la tina con todo y huaraches y se salen rápido diciendo que ya están.

Mi abuelita que un día oyó que los andaban regañando me contó un cuento de un indio que era muy rico pero que usaba huaraches, aunque fuera rey, y que otro señor que traía zapatos de fierro le quemó los pies, yo le pregunte a mi abuela que ¿por qué se los quemó? y me dijo que por que le apestaban como a mis hermanos, y eso que usaban huaraches de oro, pero dice mi mamá Quita que los huaraches de oro apestan más que los de cuero, que por que hacen juanetes y supuran. Yo creo que al de los zapatos de fierro le olían peor entonces, aunque mi

abuela dice que no se los quitaba para dormir, que eran tan altos que le llegaban a media pierna y tan duros que se podía dormir parado y no se caía; yo no sé quién le contó este cuento a mi abue, pero a ella le gusta contárselo a mis hermanos, que luego dicen que les huelen así porque en el corral corren descalzos, pisan la caca de las gallinas y se ponen así los huaraches, aunque se limpian los pies con un palito de las ramas del mezquite de todos modos no es suficiente, la caca de las gallinas huele menos feo que la de los cochinos, también en el cebadero hay como cinco cochinos, pero cuando mis hermanos se brincan a echarles el agua blanca y los desperdicios no se quitan los huaraches porque esa si les da asco.

Estaba yo acurrucadito, cobijado con un pedazo de su rebozo del color de las gallinas búlicas, gris con manchitas blancas, hasta a veces pienso que así se han de sentir los pollitos debajo del ala de su mamá. A mí me gusta mucho comerme los huevos de las gallinas búlicas, mi amá nomás nos da uno diario que porque estamos chiquitos, no nos da más, pero yo me voy y me meto al gallinero y me como hasta cinco; mi hermano Eusebio me enseñó que con limón y sal aunque estén crudos saben buenos. Lo que no me gusta del gallinero es que hay muchos gorupos y le pican a uno y le hacen muchas ronchitas, por esto se daba cuenta mi mamá cuando me bañaba que me metía al gallinero; los gorupos se comen a las gallinas, decía mi mamá, pero cuando mataba a una para hacernos caldo decía: ésta nos la comemos antes de que se la coman los gorupos, la agarraba del pescuezo y empezaba a darle vueltas hasta que se le trozaba y luego la gallina sin cabeza echaba brincos y maromas hasta que se quedaba quieta, ya para eso el agua ya estaba caliente en la chimenea, para pellarla y luego sacarle las tripas y lo que seguía.

Cuando metían la gallina en el agua caliente olía feo pero cuando estaba ya en el caldo olía bien, así, debajo del rebozo le

pregunté a mi abuela: “¿por qué la gente cuenta cuentos y quién los hace?” y ella me respondió: “mira Chendito, hay cuentos para dormir y hay para no dormir, que son los chismarajos que hace la gente argüendera para quitarles el sueño a quien se los cree, también hay cuentos para despertar, esos son los que nos enseñan algo y nos pone alertas y nos hacen inteligentes con las enseñanzas que, entre letra y letra, nos dan, en otras palabras que nos los cuentan para que se nos quite lo tarugo; los primeros, la gente los hace para atarugarnos, los segundos para vernos la cara de tarugos y los terceros para que paremos las orejas y se nos quite lo pazguato; los primeros nos los cuenta alguien que quiere dormirnos, los segundos alguien que nos quiere fregar y los terceros alguien que no quiere que nos frieguen.

– ¡Póngase listo mijo!, los primeros son cosas bonitas que a la gentes se les ocurre para entretenernos y hacernos reír, o cosas que los asustan, los segundos son cosas que nunca pueden suceder y los terceros son cosas que sí pueden ser y por eso hay que oírlos con mucha atención para que no nos vayan a pasar, o para que nos demos cuenta de cómo andan las cosas alrededor de nosotros. – ¿Cuál es cuento para despertar?, ¿y para que se le quite a uno lo sonso? – Pues cómo el de la víbora que se comió al sapito y el sapito se infló y la reventó ¿te acuerdas? – Sí abue, ¿cuál otro? – El del maestro que todos los días se iba a la escuela en burro cargado de libros y cuadernos, pero que el burro nunca aprendió a leer, – ¡Ah sí!...

¡Qué les dije!, ya empezó a cabecear otra vez y ahorita que despierte va a seguir con otro asunto diferente.

AQUÍ ENTRE LA LUMBRITA

Cuando me enojo hablo, cuando no, pos no.

Aquí nomás estoy sentado en esta piedra de cantera que se cayó del portal, entre las fumarolas, acordándome de los trenes de Zacatecas y echando humo con mi cigarro, lo prendí justamente con una brasa de las vigas que sostenían el techo, cuando todavía había, bueno, todavía hay, nomás que ora en lugar de estar arriba esta abajo, aquí, reducido a escombros. Yo vi todo desde allá del campanario, en cuanto supe que andaban los trancazos de a buenas en las orillas del Pueblo; pelé gallo para arriba, no era por miedo, más bien por precaución, y luego la curiosidad de ver qué pasaba en la orilla, además, yo puedo subir cuando quiera; mi trabajo es tocar las campanas, ese trabajo lo agarré justamente por eso, para pelarme por un lugar seguro cada vez que hay fregadazos, que últimamente es muy seguido, y también para ver el pueblo completo y más allá, y más acá la gente que anda yendo y viniendo. De allí se ve con claridad, era un buen de gente, más de cinco cientos eran revolucionarios y como un ciento de la resistencia federal; así es que entraron al pueblo al mando de Natera por órdenes del general Villa, y empezaron a hacer chicharrones de ese portal; también le prendieron fuego a otras fincas importantes y me dije: “¡ya nos fregaron estos!”, yo francamente me asusté mucho y me acosté en el filo del pretil del campanario para ver mejor y para que no me fueran a echar un tiro hasta allá arriba y me bajaran como a un pichón con la resortera; con las prisas y la distracción por poquito y me caigo, pero me alcancé a agarrar de la sogá del badajo, el cual sonó en la campana y ocasionó que un villista que escuchó, entre el mitote, le echara un tiro, pero nada más.

Ya que se fueron me levanté y cuando afiné la mirada con detalle dije: “¡ah hijos!, ¿pos por qué nos quieren dejar igual que a tortillas olvidadas en el comal?”, y yo que tenía simpatía por los revolucionarios, ya no sé pos ni qué pensar... si son buenos o malos, pero hace rato entendí cuando oí platicar al maestro Pablo con Poncho el escribano –pos son de los más letrados–, así que hay que oír sus palabras, dicen que fue por el general Huerta, aquí fue donde vio por primera vez la luz, y pos como ya saben, él se hizo presidente solo, a la fuerza, o a la mala como lo quieran decir; pos ahora anda toda la nación encorajinada, queriendo echarlo para afuera o si es posible echárselo al plato –aunque otros dicen que fue legal. Yo creo que a cómo anda todo quien sabe si lo maten a él o a uno primero, porque gente de Zacatecas vino a parar hasta acá huyendo de la matazón que se armó casi el mismo día que quemaron aquí, no hace mucho, a decir verdá, tres días.

Anda fuerte Villa y un tal Emiliano Zapata que anda en lo mismo, torcerse al General Huerta; allá pal sur, también con mucha gente, mate y mate federales.

Yo pienso que pos qué culpa tiene la gente de este pueblo que él sea de aquí; si es malo pos la maldá la trae con él, pero es puritita venganza por los desgarrates que él ha hecho en otros lados, como la matazón de indios que hizo allá por el norte y luego otra allá por el sur, allá por el lado de donde es el señor Zapata, para aquel rumbo, por eso vinieron y le prendieron aquí en su tierra, y, para colmo, dizque un curita dijo que esta tierra estaba maldita porque aquí nació el general y que de aquí en adelante ni la hierba crecería ya.

¡Ya nos fregamos pues!; sus parientes mejor se escondieron, no vaya a ser la de malas y la agarren en contra de ellos.

Antes se presumía que este portal era re-fresco, por eso aquí se venía mucha gente a sombreadarse y a tomarse su bebida de las que hacen aquí en las ollas de barro; ¡ora que espe-

ranzas!, caliente todavía por las brasas y sin techo da el sol de lleno, pero para eso trae una gorra, ¿o no?, nomás en las patas sí cala, ¡se calientan los huaraches con ganas!, pero uno ya está acostumbrado, siempre anda uno en el sol, por una cosa o por otra. Y más yo, allá arriba en el campanario, toy más cerca del sol, esta era nuestra sombra grande, pero ya nos la tumbaron, ¡ya qué!, unas por otras; el general fregó pueblos ajenos, pos ahora vinieron a fregar el de él, hay que aguantar o, de plano, pos techarlo otra vez.

Yo pienso que, de seguro, por esta hora él debe estar enterado de eso. ¿Qué puede hacer que no sea darles fuego por fuego, odio por odio?; él mismo dijo que de eso está lleno su corazón y que él nunca había llorado, ni cuando le caía una espina en el ojo, así es que no creo que este portalito quemado lo amedrente, a lo mejor nomás lo enciende más. Ya traía la sangre brava; su madre, huichola de nación, recia como ella sola, y luego su padre don Rafael, hombre de campo, bien forjado... Así es que, ¿de dónde lo pueden agarrar débil?

La gente sale a las calles llena de miedo, no vayan a regresar los villistas a darnos otra peinada; aquí en el portal es el lugar más seguro, por eso aquí ya no vienen, ¿aquí qué destruyen?, ya lo acabaron, aquí ya no pasa nada, bueno, aquí enfrente sí, nomás lo de la muerte de los músicos que Faustino baleó a boca de jarro, que por que estaban ofendiendo al general Huerta, cantando *La cucaracha*, pero ellos la cantaron porque Romualdo se las pidió, también apuntándoles con la pistola para obligarlos, y para luego se agarró a Margarita al baile y en eso llegó Faustino y, sin miramientos, se los echó al plato, ya que, de todos modos, si no los mataba uno los mataba el otro. Por eso uno ya no haya ni qué, si uno dice que es Huertista lo matan los revolucionarios, y si dice que es revolucionario lo matan los huertistas. Igualito que a los músicos; así pos mejor no ser nada. ¿Qué culpa tiene uno de sus enjuagues?

Por eso, por los cerros, nomás amanecen los colgaderos de unos y de otros, no hay distinción, nunca sabe uno quién sigue, y, para luego, de todos modos, si dices soy huertista o soy revolucionario, no te dura mucho el gusto de serlo, porque despuesito que lo dices, te conviertes en cadáver.

Lo que sí me pregunto es que, ¿si el general es indio, por qué fue e hizo matanza de indios? O, si su para era campesino y él también, porque de niño sembró estas tierras, pos, ¿por qué mató al señor Madero, que traía buenos planes para los del campo, y luego anda de enemigo del indio Zapata y del campirano Villa? No entiendo yo eso, pero sus razones tendrán para que lo traigan en jabón, y él a ellos.

El general era muy querido cuando niño, aquí, ¡bueno para las letras y para los números!, y a luego que con don Porfirio muchas cosas buenas hizo, ¡bueno para los trancazos y como soldado ni se diga!, pero ahora que mandó fusilar al presidente Madero y a los otros, la gente ya lo trae en cuestión. Y ahora, sarta de apodos le sobran, todos carnívoros, por cierto; o sabe si será verdá lo que le compusieron en la canción, eso de que fuma hierba, de esa que quita el juicio a la gente, si eso es cierto pos con razón anda oyendo tarugadas. No, si ta duro para donde mire. Hace como tres meses que Benjamín Argumedo se apoderó de Huejuquilla, y también le prendieron lumbre, así que, ¿pa dónde va uno que este seguro? El campirano es lo más seguro, de allí se ve venir el peligro y también cuando se va. Yo ahí me he quedado a dormir, nomás que las palomas y las lechuzas hacen mucho ruido y lo cursean a uno, hay que pasar espantándolos toda la noche, pero por lo menos esas no traen pistola.

El día en que entraron los de Natera, hasta la plaza y luego les abrieron a los prisioneros de la cárcel para que se fugaran con ellos, ahí sí nos hicieron un bien, pero también se llevaron un buen de dinero de la presidencia, dizque prestado, aunque

yo no vi que se los prestaran, ellos lo agarraron, ¡ah!, pero que lo van a devolver, porque ellos no son bandidos, pero eso sí, ¿quién sabe?, ¡no firmaron ni un papel!

Toy viendo de aquí que pronto va a haber una buena sombra para muchos, el laurel de la India que plantaron de aquel lado del kiosco, el año pasado, buena fronda está agarrando, para pronto va estar bueno, digo, porque trae cola este asuntito de estar viniendo a fregarnos a cada rato. El año antepasado vino Luis Moya con sus guerrilleros y nos pusieron una rastra que para qué les cuento, se llevó el dinero de las oficinas de rentas. Y detrás de él, el año pasado vinieron unos de Zacatecas que andaban alzados también y otra vez se llevaron el dinero y, para colmo, las armas de la resistencia, nomás faltó que los dejaran encuerados; pos es lo que yo digo, ¿cuál resistencia?, si no resisten nada. Son un ciento de hombres y ahora sin armas, pos pa qué.

Muchos de estos desbarajustes se los achacan a que como aquí ganó la elección el general Porfirio Díaz, hace tres años y mucho tuvo que ver el general Huerta para que votaran por él y ahora la gente está enojada que, ¿por qué si le dieron su voto no viene y defiende al pueblo? Pues, luego por eso, los revolucionarios friegue y friegue porque piensan que aquí todos somos contra de ellos y en favor de los generales Díaz y Huerta, pos ya que le paren, ya será mucho, yo digo. Nomás toco las campanas, ni hablo casi, pero ahora si estoy hablando porque estoy bien enojado. La próxima vez que vengan les voy a echar la viga, y, desde allá, de arriba del campanario les voy a tirar con la resortera que uso para espantar a las lechuzas y los palomos, puro mezquite la horqueta, y ahí traigo mi morral con piedras bolas, que traigo del arroyo del Cuitatero, antes las traía de la Tierra Blanca, pero últimamente no, no es que tenga miedo, más bien es que me di cuenta que han colgado a muchos por allá, además está lejos.

¿Saben qué?, ya me voy a sonar las campanas. ¿Por qué les cuento mis intimidades? Además ya me acabé el cigarro y ya se me pasó el coraje, cuando me vuelvan a hacer enojar les sigo contando. Pos, como les dije, yo nomás hablo cuando me enojo. Aunque a veces esté enojado me callo, para que no me vaya a pasar lo que a muchos que hablan de más, luego los callan para siempre.

EL COCHINERO

Con el sol canchado en el pescuezo quemante como una brasa y la desvelada en los ojos pesada como el balde de agua que jala la sogá para dentro del pozo, el mal ánimo amarrado a la frente como piedra que obliga a agacharse, la luz del día entra por los ojos como lancetas de avispas y los pone colorados e hinchados como frijoles colorines queriendo reventarse.

Las entrañas arden no apeteciendo comida alguna, el agua del guaje aún se conserva fresca por la noche que reposó, en cambio nosotros no dormimos nada y, para colmo, el ardiente alcohol que nos desgranó las tripas... no sé cómo seguimos en pie hasta estas horas, pero es necesario seguirle al camino y llegar a Zacatecas; hay que entregar el atajo de puercos para la matanza, ¡pero, ¿qué le hacemos?, esto es así, soy arriero! –qué le hace que el puerco tenga las orejas gachas, señal que es buen criado–, salir en la noche de Colotlán con la fresca para avanzarle; si hay buena luna, ir deteniéndose aquí y allá para que tomen agua y coman zacate, –mientras esto pasa uno puede dormitar un rato–, pero con el sol nomás se ataruga uno más; luego seguirle, siempre a pie o a veces se sube uno a un burro de los que traen las guarniciones o los cacaistles, nomás que con los huacales no cabe uno bien y hay que ir haciendo fuerza para no caerse, aunque luego se baja uno todo tullido o adormido de las verijas o, de plano, como le paso a Cástulo que se quedó dormido en el burro y en la subidita para Las Ánimas, nomás sonó la cabeza de Cástulo en las piedras, –si no hubiera llevado el sombrero puesto y afianzado el barbiquejo, a lo mejor, ya no lo contaría–, pero si uno, que esta flaco, no cabe bien en la enanca, menos Cástulo que tiene la panza del tamaño de la quiligua. Le dijo Chilo:

“¡pa que no te caigas, súbele la retranca del burro a la altura de tu cintura!”, pero le quedaba muy ceñida a Cástulo, luego Chilo insistió: “¡Eso sí quién sabe y el burro con tu peso se echa una maroma hacia atrás y se desnucan los dos!”.

Caminando y platicando ahí nos vamos a pie, casi siempre espinándonos las patas o con las piedritas que se meten al huarache, pero de una sacudida salen. Siempre llevamos dos pares de huaraches, uno puesto y el otro en el morral para cuando los primeros se revientan, o un manojo de correas por si una se truena, rápido con el cuchillo lo arregla uno. Aparte hay que llevar el machete para ir cortando varas para irle picando a los puercos; machete en mano para cortarle la cabeza a una culebra que se quiera pasar de viva ya sea con uno o con un marrano. Los coyotes también nos rondan, por eso uno de nosotros se queda a velar por turnos cuando ya toca dormir; a Cástulo, por su miedo, una vez se le ocurrió traer cuetones de esos que echan en las fiestas, que para espantar los coyotes, pero nomás porque no dijimos la verdad sino lo despiden de arriero. Le tocó velar a él, sintió los coyotes cerca, aventó un cuetón y al tronido todos los puercos se desmenuzaron para todos lados corriendo por el susto como enchilado que corre al agua, y pos ahora los cochinos iban correteando a los coyotes. para volver a juntar el atajo fue el trabajo, muchos fueron a parar hasta el arroyo y es que el trabajo fue que prendiera el primer cuete y luego le siguió toda la gruesa que se le prendió a Cástulo, la verdad se nos perdieron como siete puercos, pero dijimos que nos asaltaron y que como no traíamos dinero, como siempre, pues nos quitaron los cochinos, y así no perdió el trabajo Cástulo.

También los zopilotes cuando nos detenemos empiezan a dar vueltas arriba de la gorra, pero para eso está la onda, para tumbar aunque sea uno, hay cochinos que se comen a los zopilotes, yo no sé si será de venganza, pero como perros,

nomás dejan las puras plumas. Yo digo que la pestilencia de los puercos es la que los llama y el olor de los arrieros a puro sudor rancio. Sí nos bañamos, o nos lavamos la cara y el pescuezo, también los pies, en algún río que pasemos o en los estanques, pero apenas se moja uno y ya está sudado otra vez.

Chilo casi siempre se va por las piedritas, que porque está caliente de camino y se hace rumiento o le dan calambres si se moja, pero yo digo que es otra cosa –aunque baños y perfumes a los cochinos, no dejan de ser puercos. Cuando ni él se escapa, es cuando nos agarran las tormentas en pleno cerro y quedamos escurriendo desde la gorra hasta las patas; los puercos se dan vuelo en el lodo, retozan y se revuelcan, pero nosotros nos empapamos a menos que traigamos mangas de palma. A veces los arrieros nos mojamos por gusto como los puercos y comemos mezquites del monte como ellos, o más cosas, hay mucho que comer en el camino: güilotas, techalotes, conejos, víboras, y de hierbas, ni se diga, hay muchas, aparte de los nopales: quelites, berros, verdolagas, tunas, pitayas, zapotes y miel silvestre.

Una vez llegaron todos los puercos a su destino hinchados por la piquetiza de los moscos de un panal que nos detuvimos a castrar, también esa vez se nos desbandó el atajo, pero, como era de día, fue fácil juntarlo. A veces le entramos también a los elotes cuando pasamos cerca de algún cuamil donde ya están listos, unos cuantos que agarremos no se nota, o también fruta comemos cuando pasamos por las huertas de Jerez o Malpaso. Si les digo que en el campo no se muere uno de hambre ni de otra cosa, los cerros están repletos de hierbas curativas: mostochil, mancamula, árnica, hierba del burro, cuachalala, hierba del zorrillo y para qué le seguimos. A veces cuando un puerco se quiebra una pata, pues ni modo de irlo cargando; o a veces, muy de vez en cuando uno mismo se la quiebra de un garrotazo y pos no hay más remedio que

matarlo y asadito en la leña muy bueno que está, lo que nos queda de carne ahí se la vendemos a algún ranchero, por eso procuramos que la quebrada de pata sea casi llegando al rancho y así el que nos compra la carne nos sirve de testigo para que el patrón no nos corra.

Allá llegando a Zacatecas siembran mucho chile y luego nos abastecemos para lo mismo pues. Todo me gusta de este oficio, menos que me digan por mal nombre, el Cochinerito. ¡Ah!, se me olvidaba, a las huertas de tunas de víboras no nos metemos porque allí nos echan bala y para que queremos pues; son del general, lo único bueno de ese rancho es que uno pasa con el atajo y sale de allí con más puercos que se agregan, solos se van con nosotros, más los que andan verracos, que se van atrás de las cochinas y se hace un argüende que para qué les cuento –qué le hace que el puerco sea de castilla si de todos modos le gustan las cochinas prietas–, por eso es ganancia, porque cuando llegamos a Zacatecas ya son más y la venta rinde.

Hablando de los cochinos verracos, cuando eso pasa, salen las viejas a poner paz entre puerco y puerca, con baldazos de agua para apartarlos o ya de plano como doña Chole, la viejita que vive a la pasada, que le quebró a leñazos el lomo a un puerco que ya andaba arriba de una cochina del atajo que llevábamos, ¡diantre de doña Chole!, lo dejó redengado, doblado de la mitad para abajo como una manquera de arado, por allí anda todavía ese puerco, pero muy en paz.

Esa misma doña le rajó la trompa a otro puerco de una pedrada porque se metió a su jardín y le comió las flores, y sí fue cierto, yo oí al puerco gritar cuando le sorrajó el trancazo, luego lo vi salir corriendo muy adornado con las violetas entre las orejas y otras atoradas en la trompa desgarrada y sangrante, para luego me acordé de que la historia de las flores tiernas y bonitas en el hocico del puerco es la misma de muchas jo-

vencitas que engañadas, que con amores o, muchas de ellas, por muchas conveniencias andan con los fulanos que usted ya conoce, y la historia de los fulanos es como la del puerco, que, por comerse la flores, acaban con la trompa chueca y reventada, por andar de maloras pues.

Y así hay mucha gente, maloras como ellos solos, por eso, un día, el presidente dijo que me iba a cambiar el trabajo, porque pueque fuera más fácil dar dirección al atajo de puercos que a la gente del pueblo –pero de los puercos cabezones sale más pozole– y para pronto le respondieron que, de todos modos, al igual que yo, entre empujones, a gritos y como fuera ya llevaba al pueblo al matadero; pero yo, de perdida, cuidaba que estuvieran gordos y él en cambio ni de tragar les daba –que le hace que los puercos estén flacos, entre más cuero, más forro para zapatos. ¡Usted sabe cómo es la política pues!, así que vaya usted a saber quién tiene la razón. ¡Ah qué caray con este cochinerero! Lo que pienso es que ya me estoy metiendo donde no me llaman, mejor me callo y sigo arriando, aunque sea por un rato a ver si puedo, porque luego anda uno de trompa larga como cochino talachón, trompeando a mucha gente como aquí se acostumbra pues, a veces sin querer, a veces con toda la intención de empujar al otro para que se caiga, pero, de todos modos, los que se trompean acaban peleándose en la boñiga y para que quiere uno –mejor el dicho de que qué le hace que el cochino este trompudo, si al cabo que no habla. Volviendo a lo del lodazal se me hace que pue’que llueva, ya hace ratito que se está nublando y los cochinos para pronto paran la cabeza y las orejas y empiezan a hacer ruido de alegría porque el aire huele a humedad; ya está llegando lo fresco y se oye tronar el cielo, yo creo que nos caería bien un aguacero que nos refresque el cuero y nos despierte porque el calor adormece; allá en el cerro que se ve enfrente ya está lloviendo, para cuando lo crucemos va a estar corriendo el agua,

y en el venero va a estar el agua bien fría para refrescarnos las tripas del calor del alcohol. Allá en el pueblo también va a cambiar el clima, aunque sea lo único que cambie, ¡digo!, eso ya es ganancia o, ¿qué no?, que le hace que los puercos estén panzones por comer yerba caliente, de todos modos y qué caray hay que seguir para delante. Qué le hace que estén capones, si esas partes no sirven para chicharrones, ¡andando, canijos! Cúchala, Cúchala que para eso nacieron puercos, y para darles, para delante, también nacimos arrieros. Muertos y guisaditos sí que huelen muy sabroso, aunque vivos huelan feo, tan lisos y resbalosos, siempre hediondos a cebo, ai nos vamos paso a paso, juntitos, al matadero. ¡Caray! con el Cochinerito.

COSAS DE DOÑA ROMANA

Contarles de doña Romana me da mucha risa, porque es la mujer más rara de aquí, ¡ah, pero eso sí!, también la más respetada. ¡A fuerza, compadre! tiene mucho dinero y mucha gente a su servicio que con que levante la ceja, baje la papada, alce los hombros, apriete la quijada y mueva un ojo; y ya están sobre de uno dándole de guamazos para someterlo.

Una vez se enredó en diferencias de palabra con don Juan, el yerbero del pueblo, que si el diente de león era bueno pal estreñimiento o no, y la hizo enojar tanto con su respuesta que la doña alzó los hombros en señal de coraje y sumió la panza e involuntariamente se echó una “pluma” y al yerbero se le ocurrió decirle: “aquí tengo ruda pal aire”, pobre Juanito, nunca lo hubiera dicho, yo creo que no le ajustó con el costal de árnica que tenía para curarse los moretones y las bolas que le hicieron a fregadazos esos grandulones que siempre andan con la doña. Yo pienso que Juanito se sintió ofendido porque la doña comenzó la plática del diente de león y a él no le gusta hablar de eso porque esta molanche de viejo, nomás le queda colgando un colmillo, ningún otro diente, y esa es la razón por lo que le dicen el Diente de León. Yo no sé si doña Romana sabía o no, pero sí lo ofendió, y a los grandulones más; siempre los trae porque la vieja loca, así como se ve de valentona, así ha de tener de miedo por todo lo que hace con la pobre gente que no quiere hacer lo que a ella le viene en gana, con eso de que es “la doña”.

Es doña por rica, no porque sea casada, ¡quién la va a querer así!, sería como casarse con otro hombre; ¡grandota!, con unas manotas y un lomo grandote que a veces sí hace dudar que sea mujer, y luego le salen bigotes, nomás que se los

quita, o al menos eso dice la Chona, y ella sabe bien porque mucho tiempo trabajó con la doña, hasta le calentaba el agua para bañarla. Chona le tallaba la espalda y le quitaba los callos de los pies, también como de hombre, toy seguro que le quedan las botas de los charros de aquí, por eso la conoce re bien y dice que tiene carácter de capataz.

¡Qué alrevesado!, las viejas amargadas por los malos amores se hacen como hombres, así, todas mandonas, necias, corajudas, machonas, luchonas; y los hombres amargados esos que se hacen como viejas, llore y llore en la cantina, ya no quieren trabajar porque ya no tienen juerza ni para levantar el azadón, débiles como mujercitas, abrazados de otros borrachos, nomás moqueando, que no tienen razón de vivir. Total, que la hombría se les va a los talones y terminan diciendo dizque ya no quieren nada con las viejas porque son malas y traicioneras.

Muchos acaban allá en la casa de don José María el de la fonda, ese que dicen que le gustaría llamarse solo con el segundo nombre; él si les prepara sus chilaquiles bien picosos y es muy comprensivo con ellos, dicen.

Que de cabeza anda todo, miren a doña Romana, di a tiro un hombre, si lo fuera, sería un buen general, así como Huerta; más o menos tienen el mismo gesto, luego luego se les ve en la cara el corazón duro que traen, difícil de penetrar o de que salga algo bueno de ahí. Cierran las orejas, juntan las cejas, así duro, para cerrar la frente para que no les metan un pensamiento distinto al de ellos, tienen miedo que los vayan a cambiar. Traban las quijadas para que no les vaya a salir una palabra amable, dulce o tierna para otros; pero cuando abren la boca, la abren para echar la lumbre sobre otros, la lumbre del infierno que los anda quemando por dentro, a ellos.

Yo pienso que si hubiera quien le sobara el lomo, a doña Romana, se amansaría, así como los caballos que son brutos

por que nadie los ha sobado, ni los ha montado; nada saben de cariño, pues. Si aparte de esto lo único que han recibido son puros trancazos, siempre, –golpes en el corazón–, pos ya sabrán. Yo creo que doña Romana eso ocupa, que le soben el lomo, no le hace que lo tenga peludo como hombre, así como dice la Chona, con cariño y se compone, nomás que eso sí, ocupa uno de su talla, no como el Joconoiste que andaba queriendo amores, le llega como a las costillas a doña Romana, y eso con sus botas que se pone nomás los domingos; nomás que ella se dio cuenta que andaba detrás de su dinero y esa fue su decepción, pero pos, ¿qué otra razón buena podía tener para quererla?, esa es una, la segunda, para que no se lo sonaran los grandulones de la doña y lo dejaran más chaparro, ella si se enamoró de a de veras. Yo la única vez que los vi platicando, me acordé de la vez que vino un circo y salió el enano con la mujer barbuda, ¿pero eso qué?, mi risa no los iba a hacer más felices, ni desgraciados, cuando uno quiere al otro lo que menos importa es el aspecto, el amante ve al amado como lo más bello, aunque los demás lo vean como burro, perro o lo que sea, según el apodo que tenga, es como la gente lo ve, los apodos hablan de cómo es el apodado; es de mala educación pero es la pura verdad, como el que vende chicharrones, le dicen el Sapo, y pos, en una palabra, ya dijeron todo de él, o ¿a poco no?, aunque no lo conocieran, con el apodo ya supieron cómo es; o como al que le dicen el Cuajo, al hombre de doña Tomasa, que no hace falta que se los presente para que sepan cómo esta, uno lo ve feo, para uno nomás es el Cuajo y ya, pero quítenselo a doña Tomasa y se muere, pos para ella es todo un caballero y el hombre de su vida; por eso digo que si el amor del Joconoiste hubiera sido sincero para doña Romana todo hubiera ido bien. Tan bien que este pueblo no tendría que sufrir la amargura y la maldad de la vieja, porque ella sería buena y dulce para con todos,

porque ella tendría quien le sobara el lomo y en lugar de esos grandulones traería sus chilpayates con ella.

Pero toy pensando que el Joconoiste o Pedro, como se llama, hechó cálculos y pensó: “feo yo y fea doña Romana, ¡pos que clase de hijos vamos a tener!, puros Joconoistes pedudos”; y luego, menso él y loca la vieja, ¡pobres hijos!, así están mejor, sin existir, sin hacer feliz a Pedro y a doña Romana, aunque el pueblo pague las consecuencias.

Dos tres veces he sentido la mirada pesada de doña Romana, sobre mí, como queriendo descubrir en mí a un hombre para ella, ¡pero Dios me guarde!, yo tengo mi forma de no gustarle, hago los hombros para atrás, saco la panza lo más que puedo y ladeo la cintura para que piense que estoy chueco, saco el trasero de un lado, y tuerzo la cara pal otro junto con el pescuezo, para que ni se le vaya a ocurrir que yo le sirva de dulce para su amargura.

¡AH QUÉ INOCENCIO!

Inocencio Benítez del Campo nació el 28 de diciembre, que según el calendario es día de los santos inocentes, su papá don Pedro Benítez Silvestre decidió el nombre y su mujer estuvo de acuerdo, los cuales decían que no era lo mismo ser inocente que ser santurrón. Inocencio era quieto, aunque, a decir verdad, a veces exageraba, había ocasiones que parecía estar sordo porque no respondía pronto cuando se le hablaba. Su tío Tranquilino decía que eso no estaba mal, “¡lo que pasa es que es bienaventurado, por eso nada le preocupa!, así es la gente que está en gracia, de aquí a poco nos damos cuenta que es un santo, véanlo no tiene malicia”. Otros, que eran malas gentes, decían que estaba tarado y que había nacido así por la sífilis de la mamá, ¡vaya usted a saber cuál sería la verdad!; lo que sí me es bien cierto fue que un día después que mataron a don Benito Romero, el Viejo Vaquetón, como le decían por ser el único que en el rancho traía chaqueta de cuero –eso porque se fue al norte–, los demás su gabán o de plano su cobija.

Un día después de ese crimen vinieron los rurales al rancho, para esclarecer los hechos, que ya estaban bien claros porque la gente vio con quien se peleó en el baile; pero ese era trabajo de la autoridad; así que por ahí andaban, por los callejones y por la orilla del río, dizque buscando evidencias, causas y razones de aquel acontecimiento. Hasta que subiendo por el callejón que da para la calera, vieron a lo lejos a Inocencio sentado a la puerta del zaguán, meciéndose en una silla de madera toda floja, a pleno mediodía y enredado en una cobija con la cabeza agachada y se veía que movía los labios como murmurando una canción que nomás él oía, ajeno a la muerte de Benito Romero, que ocurrió mientras él soñaba con los angelitos.

Inocencio no se desvelaba. Decía que los velorios y los bailongos siempre terminaban en borracheras y desgracias y él no quería ser parte de una de ellas; que era más difícil que lo alcanzara una de ellas abajo de las cobijas.

Los rurales pasaron por enfrente de Inocencio, se pasaron de largo y como no volteó ni a verlos se les hizo sospechoso y retornaron para interrogarlo: “Buenos días, amigo”, –Inocencio respondió con un bostezo, siguió murmurando la canción y un rural lo testereó en un hombro –entre palmada y guantada–, a lo que sí reaccionó levantando la cabeza con azoro, diciendo: ¡pa servir a Dios y a usted! Mire, amigo, no se asuste, nomás le queremos hacer una pregunta, para esto Inocencio tenía el problema que como casi no salía de su casa, la gente que no conocía le daba espanto, por eso veía de arriba abajo, a los rurales, con mucho azoro, y tartamudeando preguntaba ¿qué quieren saber señores?, No se asuste, no se asuste, dijo el sargento:

– ¿A qué hora se levanta y a qué hora se acuesta?,

– Pos verá, señor, ¡yo me acuesto y me levanto con el sol!, ¡me acuesto cuando se mete y me levanto cuando está aquí derecho, arriba del techo quiero decir que nomás duermo lo que me dicta mi conciencia!

– Oiga, pos que usted es aquí el patrón o algo así?

–No, señor, para ser patrón hay que no tener conciencia.

–Bueno amigo –replicó el sargento, tal vez usted sabe u oyó de un caso de sangre, que según nos informaron pasó por aquí y estamos buscando al autor.

– ¿Y eso, qué es?

– ¡Pues el que lo hizo! –dijo molesto el rural–, ¿nos puede decir usted algo de eso?

¡Claro que sí, señores!, les puedo decir que eso no fue así, yo soy testigo, ¿les dijeron que por aquí pasó un caso de sangre?, ¿así se los dijeron?

¡Así merito señor! –respondió el sargento.

¡Pues les mintieron!, aquí el único caso que ha pasado y de eso no hace mucho rato , fue un cazo de chicharrones, y el que los hizo, es decir el autor de ese cazo es Martin, ahijado de mi apá, los llevaba para allá pa'l camino para ofrecerlos a los que pasan, y si no me creen, miren ese envoltorio, ahí me dejó un puñito para que almorzara, pero lo que ustedes andan buscando, no son chicharrones sino moronga, ¿verdad?

El sargento hizo una rabieta y les dijo a los de la compañía:

¡Vámonos, ya tuvimos bastante información!, y usted vaya por otra cobija no se vaya a resfriar, ¡ah!, y ponga los chicharrones en el sol, no se le vayan a enfriar, ¡con permiso!

¡Pa servir a Dios y a ustedes! –dijo Inocencio–, cuando no consigan chicharrones, los tacos de semillas de calabaza saben igual y son más baratos.

BORRACHO Y EN BICICLETA

¡Hay va otra vez Chema, el Negro!, borracho y en bicicleta, caie que no cae, por el empedrado, planeando como golondrina a principio de la primavera, con los ojos hinchados y la bragueta mal cerrada por un seguro de los más grandes; salta una piedra, otra, mete el freno con el tacón de la bota directo en la llanta de atrás y con la suela de la otra en la llanta de delante de su bici 28 y después de una maroma se detiene con la frente. para pronto con el trastazo y el ruido que hizo Chema entre pujido y quejido, se asoman de las puertas y ventanas de las casas contiguas las vecinas que hacen un escándalo como si fuera el fin del mundo, bueno, es que de eso se habla mucho últimamente; topó en la banqueta, dio la maroma y cayó cerquita del perro de Cleta, que estaba echado en la puerta, el aullido de éste completó el escándalo, pero Chema se levantó diciendo, ¡no es para tanto, no es para tanto, más se perdió con Santa Anna!; y se volvió a caer por el váguido que le dio con el aire y así tirado de espaldas vio al perro que se acercó, lo olió y estornudó para pronto alejarse de prisa con cierto disgusto.

Luego viendo el mundo al revés, vio unas faldas largas que eran las de doña Cleta que le decía: ¡a quién se le hubiera ocurrido, miren que regalarle una bicicleta a un borracho, que gente inconsciente!; mientras de la otra banqueta le gritaban: ¡la bici es para galanear, no para echar maromas!, se la regalaron los de Acaponeta que para que pronto llegara a su casa, estaban cansados de traerlo en cuervito desde allá desde el Tenampa, respondió doña Paulita que por ahí pasaba, pos qué gran favor le hicieron, ¡esa es una vil trampa! replicó doña Cleta, nomás dio el trastazo y quedó con las patas para

arriba, con la cola en la garganta, no nomás él está en peligro sin todo el que se cruza en su camino, las bicicletas son más peligrosas que los burros o los caballos que no ven que esas no tienen rienda; y usted' ya levántese y no quiero oír sus razones, si a pata está loco, en bicicleta está peor, ¿qué no sabe que el que vive aprisa, muere aprisa?.... Chema se levanta dando vueltas con los brazos abiertos, con la mirada extraviada como queriendo orientarse, apunta a Cletita y dice: ¡tú me tumbates!, ¡váyase al carajo! dice Cletita, y recoja su bicicleta y váyase de aquí si no quiere que le cuchilié al perro, el perro le pela los dientes y Chema hace el intento por irse pero dice: ¡espérese señora, es que estoy chueco, creo que se me encogió una pata con el trancazo!... ¡no sea menso ,se le cayó un tacón , mírese!; tiene usted razón ya me fijé que mi bota tiene la punta para arriba como si estuviera chiflando, ya me quedé sin frenos, ya me voy, nomás me bajé a preguntar si esta era la calle Cuautémo'; ¡cómo si no fuera usted de aquí!, replicó la doña; ¡yo sí, yo sí!, ¿pero onde' vive Zenobia?, qué Zenobia ni que Zenobia, ¡está usted loco!, ¡pos aunque usted' no quiera me voy a casar con ella!, ¿a usted' quien lo va a querer, con que mantiene una mujer?... ¡nombre si yo tengo mucha plata! aunque gasté mucha en arreglar mi bici; mire la encinté, le puse bolitas de colores en los rayos , unos diablitos y hasta le compré parrilla para llevar a pasear a Zenobia a la plaza y que se sienta orgullosa; y también compré brillantina para peinarme... ¡loco borracho, nomás falta que diga que es charro y que quería hacer con mi perro el paso de la muerte! Por poquito lo logro señora nomás que cuando iba yo en el aire el perrito se dio el sacón, con todo respeto con todo respeto, también para ti perrito con todo respeto.

Siga mejor su camino, dijo doña Cleta ya más tranquila, y Chema dijo: así es mejor señora, así serenada. Se subió a su bicicleta mientras decía: creo que ya me la cambiaron, o ya

se hizo más chiquita del trancazo, miren antes cabía re bien y ora' los cuernos me pegan en las rodillas..., pero así le dio y el perro lo encaminó media cuadra y se regresó, ya en la esquina oyó un grito, ¡llevas los cuernos al revés, mejor súbete a un chivo! para pronto se detuvo y le dio vuelta a los cuernos, pero volvió a ponerlos al revés, pensando: mejor así los dejo para que Zenobia piense cuando me vea que no quepo en la bici porque estoy grandote...

Seguía Chema su camino emocionado, cuando de frente por la angosta calle venía un caballo y al lado del caballo una carreta con alfalfa. Los tres se detuvieron a tiempo mientras el de la carreta le decía: ¿qué pasa Chema? ¡haste para atrás!, y este respondió, ¿y cómo le hago si mi bicicleta no tiene reversa?, nomás camina para adelante, en cambio los caballos si saben cejar, además yo conozco de leyes de vialidad, yo estaba estudiando para Licenciado pero nomás llegué a segundo de primaria; y si no me la cree mire mi bici trae placa y faro de dinamo, bueno se me hace que ese se quedó allá con doña Cletita.

El del caballo no quiso entrar en conflicto y le abrió paso diciéndole: pásele “Licenciado”. Chema agarra más vuelo, quema llanta y dice: ¡no que no!, y metros más adelante se oye un grito de una dama que regresa del mandado y que Chema en su delirio ha atropellado; cebollas y chiles güeros, el queso y los jitomates ruedan por entre las piedras, mientras que Zenobia se incorpora de la caída y ¡riata! tremendo bolsazo le acomoda al negro por las orejas. Por si fuera poco para Chema, un policía lo vio todo, y fue uno el que lo vio porque era el único en el pueblo, (bueno hay tres pero es uno por turno, mañana, tarde y noche).

Se acerca a la escena del crimen y Chema se encuentra chiflando, pero en el aire del silbido delata lo alcoholizado, el poli prende un cerillo y le dice ¡sopla!, con el soplado le quema los pelos de la mano y dice: ¡ha condenado si hasta pareces

dragón! ¡Nada de eso mi gendarme!, pasa que después de rasurarme me he puesto poquito alcohol. ¿Cómo se te ocurre manejar borracho?, te vas a ir a la sombra por un rato, ¿pero cuál delito jefe?, si yo nomás quería ayudar a la señorita con sus bolsas hay ta' la evidencia, estaban muy pesadas para ella sola. No puedes dirigir una bicicleta y andar borracho, para dirigirla necesitas andar en tu razón, así briago no tienes sentido de dirección... ¡que va mi poli, si yo sé bien a donde voy, de donde vengo, quien soy y que hago aquí! Sabe dónde oí eso pero sí es cierto, vengo de buscar a Zenobia, voy a buscar a Zenobia, soy Chema el negro y aquí estoy porque no me deja ir el poli. ¡Camínale Chema!, replicó el policía. Sí es cierto mi poli, tiene usted toda la razón, nadie puede dirigir una bici en este estado, menos dirigir el estado en una bici, ¿entonces no se puede dirigir una bicicleta borracho?, ¡ni bicicleta ni nada, no seas necio, nada!; ¿eso dice la ley? preguntó Chema, eso dice la ley, ¿y usted' que cree que es más difícil dirigir mi poli, una bici o un pueblo? ¡pos claro que es más difícil dirigir un pueblo!, ¿y eso ha que viene?, ¿pos entonces como quiere dirigir el Presidente al Pueblo si siempre se la pasa borracho?, ¡aplíqueme la ley y tráigaselo conmigo! vamos por él, llegamos más rápido en mi bicicleta y para que no tenga desconfianza de que volvamos a chocar ¡usted' maneja!

¿DE QUÉ MURIÓ EL POLLO?

Mi amá vendía comida en el mercado, allí en la fonda donde para la gente del rancho era un lujo venir a comer, había muchas cosas para matar el hambre: frijoles, nopales con chile, sopa de fideos (de las que hacen aquí en Colotlán), huevos, y otras muchas cosas, pero lo que más pedían era el caldo de pollo, sobre todo si era domingo, entre semana la gente come casi puros huevos, esa era la razón de que mi apá Nacho comprara gallinas, pollos y gallos grandes y chiquitos para acabarlos de criar o para que pusieran huevos y cocinarlos en la fonda o también para que rindieran los animalitos, cuando los gallos pisan a las gallinas, de eso merito hablo.

Muchos de los pollos del caldo son de los que los mismos rancheros venían a venderle a mi apá y a mi amá, y luego despuesito en la fonda se los volvíamos a vender, pero ya sin plumas y sin tripas y en un plato con chile picado, también con cebolla y limón de los que se dan en la huerta de Santa María; otros le ponen orégano, que ahí en los cerros se da mucho, por todo eso el corral de la casa está lleno de gallinas cacaraqueando. Yo tenía 10 años y luego que se ofrecía, mi mamá me pegaba un grito: ¡Chavo, agárrame la gallina búlica; o el pollo colorado si ese era el caso, de que a esa o aquel les tocara que mi amá les retorciera el pescuezo, o también atrás del cacaraqueo de la gallina que acababa de poner un huevo venía el grito de mi amá: ¡Chavo, recoge los huevos! ¿Qué no oyes que la gallina ya puso?...

Mucho tiempo yo creía que las cochinas también ponían, porque mi amá me decía cuando había visitas: ¡Vaya a ver si ya puso la puerca; y yo iba pero nunca le veía nada, pero como mi amá decía, yo pensaba que sí, hasta que entendí que eso

quería decir que no me importaba la plática de los mayores; y luego también pensaba que los cochinos ponían, porque a veces llegaba don Rosario al que le decían por mal nombre “el Capomo”, y de ratito el cochino gritaba con mucho mitote y yo pensaba ya ha de haber puesto, sino ¿Por qué grita tanto? Mi amá también gritaba: ¡Chavo, agarra una gallina pal caldo de la fonda! y para luego que yo la agarraba, mi amá le torcía el pescuezo y cuando la cabeza se le arrancaba del cuerpo, la gallina brincaba así como los muertos descabezados de los cuentos de miedo por un rato, hasta que se quedaba quieta, para entonces ya estaba el agua caliente para desplumarla; de plano cuando fui más chico entre mi apá y yo las agarrábamos después de una corretiza y mi amá las mataba y las pelaba, y en la fonda mi apá nomás cobraba y daba feria, bueno, también se tomaba el pulque y lo regalaba a sus amigos, decía mi amá.

Un día oí a mi apá decirle a mi amá: ¡Que Chavo nomás las agarre!, pero no lo pongas a matarlas que tal que luego le guste y cuando crezca se convierta en asesino, ¡pa qué quieres!... no me hice asesino, más bien me estaba haciendo cadáver de tan flaco, yo pensaba que era de tanto correr detrás de los pollos, pero ya después supe que no, cuando vi una foto de mi abuelo, me di cuenta de que la razón de mi flaqueza era porque era igualito a él, pero ya crecí poquito más.

Cuando de plano no las podíamos agarrar y el agua estaba ya bien caliente, mi amá se desesperaba y pegaba un grito: ¡Dale una pedrada y quiébrale una pata o máatala de una vez; ¡¿qué estamos batallando?!, eso me daba mucho alivio porque a veces ya traía la lengua de fuera de tanto correr, pero me paraba y agarraba un montón de piedras y para luego, cuando no era un pata, era en la cabeza o en la panza, pero yo paraba su carrera loca y callaba su argüendero cacaraqueo. Lo curioso fue una vez que a pesar de mi buen tino, no le podía sonar a una gallina pinta, ya estaba bien cansado del brazo de

tanto tirarle piedras y de las patas de tanto corretearla, hice un último intento y volví a tirarle, esta vez la piedra le pasó zumbando, rozándole un ala, pero no le pegué, lo sé bien porque no se oyó el trancazo hueco, pero a pesar de eso la gallina cayó como si le hubiera pegado un rayo, cuando mi amá la peló dijo que no tenía ni un golpe en el cuerpo y entonces nos dimos cuenta que la gallina se había muerto de cansancio o de purito susto, dijo mi amá que del corazón y se lo quitó y lo tiró para que a algún cliente no le fuera dar un paro cardiaco, dijo ella, y entonces yo me acordé del General que según platican, nomás aparecían muertos don Fulano o don Sultano sin ningún golpe o herida en el cuerpo, ¿De qué se murió? quién sabe, no lo pudieron haber matado porque no tenía huellas de violencia y pal tiempo supieron que el General los corretaba por el cerro, él a caballo, bien armado y el otro pobre a pie y les iba tirando balazos por los lados y los hacía correr tanto que de puro miedo y fatiga se les paraba la respiración y el corazón también; y así, el General quedaba con la conciencia tranquila y las manos limpias diciendo: ¡Yo no lo maté, él solo se murió!, por eso mi apá decía cuando había que corretiar una gallina, aplica la táctica del General.

Lo que yo nunca entendí, hablando de otra cosa, era por qué mi apá decía oyendo a la gente que llegaba a comer, hablando mal del Presidente: ¡No cabe duda, el Presidente es como el palo de las gallinas de todo el Pueblo! Aunque también mi apá decía que la gente chismosa tiene la lengua de gallina por que la tienen aguda.

A veces a mi amá también le mandan a hacer pipián para las bodas, y entonces hay que matar de a diez gallinas para arriba porque es mucho comelitón, pero para eso mi apá trajo quién le ayudara, sin darse cuenta; un día ay' nomás que va entrando a la casa con un mula que le pusimos de nombre "la Canela", la amarró abajo del mezquite, que porque el Capomo le pagó con

ella una deuda, pero onde un día de esos que los chiquillos de aquí de al lado, los hijos de doña Tere, se les ocurrió asomarse por la barda y aventarle un palo de ocote prendido a la Canela, se agarró brincando y tirando patadas a todos lados con los pelos del lomo prendidos, pero como había cantidad de gallinas alrededor de la Canela que estaba amarrada en el mezquite, en menos que canta un gallo, la Canela hacía que las gallinas saltaran para todos lados cayendo ya muertas, como una docena mató en un ratito mientras se le apagó el lomo... lo bueno fue que era sábado y el domingo se vendió pipián, caldo y pollo en mole, de ahí yo aprendí una nueva forma de matar gallinas, en lugar de andar corriendo detrás de ellas, les echaba un puñito de maíz y yo me quedaba quieto, parado sin moverme y cuando se arrimaban a comer, de una patada en las costillas las hacía volar como vi que lo hizo la Canela de don Capomo; ya atarantada la agarraba y se la llevaba a mi amá, pero no me duró mucho el gusto, las gallinas se hicieron ariscas y ya no se arrimaban, ni aunque les daba maíz y me quedaba quieto, nomás estaban vigilando de reajo así como ellas ven, así como dice mi amá que ve mi apá cuando pasan las muchachas, de arriba de las bardas y del mezquite las gallinas me veían, ya que me iba entonces bajaban a comerse el maíz, por eso ya conseguí permiso con mi amá para usar la resortera y estoy aprendiendo a usar la honda, así las tumbo del mezquite o de la barda, sin necesidad de andarlas correteando y sin llenarme de gorupos luchando con ellas en la tierra del corral, abrazándolas fuerte para que no se escapen.

Pero eso de la honda o la resortera tendrá que esperar a que yo regrese de sembrar después de dos semanas, porque me rentó mi amá con don Abundio para sembrar su cuamil, me rentó por dos cantaros de miel de maguey, la cual no se debe de comer con caldo de pollo, porque pega insulto, aunque más insulto es que lo renten a uno como si fuera un burro.

EL CALLEJÓN

Bajaba aquel día por el callejón que da al río, el que está por la raicera; ese lugar donde los árboles tienen las raíces salidas así para un lado del barranco y a mucha gente le da miedo, porque en las raíces se ven formas de gente, animales, diablos y sabe cuántas cosas más; lo curioso es que los niños encuentran cosas de formas bonitas, aunque yo creo que eso depende de cada quien, lo que ve según su conciencia o según sus virtudes.

Las gentes de antes cuentan historias que cuando el río llegaba hasta acá hace muchos años, un soldado que andaba en la guerra quiso cruzar el río y se metió en el, pero se enredó en las raíces y sin que nadie pudiera evitarlo murió junto con su caballo, mi abuelo que también sabía de eso decía que eran puras habladurías de los miedosos, o que los papás lo inventaban para asustar a las muchachas para que no se vieran allí con los novios, porque todavía se usa cuando una muchacha huye con alguien le dicen: “a sultana se la llevó el soldado en su caballo”.

Hay quien dice que el callejón es muy largo, sobre todo las viejas que van a lavar, pero yo digo que no es que esté largo, más bien es que a ellas se les hace, porque van como burras cargadas con el garrero de tanta cría, las propias y las del viejo, hay unas que hasta de la suegra lavan, las de los tíos del esposo, las del abuelo “hediondo” a cigarro de hoja, todo depende que tan zonzas sean o que tan recio pegue el hombre, o también que tan güenos sean con ellas en la familia del esposo, y les lave por gratitud; total que parece que las pobres viejas nacen para estar empinadas. Ya no se diga las que lavan ajeno para mantenerle el vicio al hombre, así a quien no se le hacía largo el callejón, hasta la vida se hace larga.

Otra cosa es que también está el callejón empinado, como el lomo de las viejas y luego lleno de piedras bolas como las verrugas de doña Tina. Las crías suben y bajan bien agarrados de las naguas de las nanas achicharrados como asquelines de ellas para no caerse, y las pobres con la carga en la cabeza, los hombros y un quimil en cada mano, pos no les queda una para agarrarlos, así que a los mocosos no les queda de otra más que apeñuscarse de las hilachas de las mamás; a veces se le abrazan de las piernas y nomás ruedan las viejas con todo y carga y el hormiguero de crías nomás rebotan en las piedras, así como ruedan las tunas en la cuesta y uno las deja rodar para que suelten las espinas y poder comérselas sin mucho sacrificio.

De subida pues no es igual, es más descansado, las mujeres van poniendo la carga piedra por piedra como si fueran escalones, y los chiquillos suben como gatos aprovechando las cuatro patas.

Este callejón que es muy largo, ya he visto que no lo es tanto porque las doncellas que andan queriendo dejar de serlo, se les hace re cortito, lo suben y lo bajan brincando con alegría, como chivas de piedra en piedra, cuando van al río a verse con el fulano, luego de allí han sacado que a los niños los trae el río y la que quiere uno, pos va al río a traerlo.

Por eso yo digo que el callejón no es ni corto no largo, es depende. ¡Ta' más largo el río!

¡Ah! pero otra cosa es si les preguntan a los maridos que si es largo o corto, les van a decir lo que yo digo, que es depende, si lo ven de allá para acá o de acá para allá; si lo ven del río para la casa es largo y si lo ven de la casa pal río es corto; porque cuando andaban de novios era re largo ese callejón, esperando a que bajara la muchacha, pero 'ora que no es muchacha sino señora, que sube del río con el muchachero, es re cortito; luego luego llega la mujer de regreso de lavar, aunque se vaya amanecido y regrese al anochecer; apenas uno se

fuma unos cuantos cigarros y echa libres unos cuantos pensamientos, y ya están aquí otra vez con su chilladero y el ruido de las crías.

Antes había que ir al río a traer a los niños para llenar la casa, ‘ora los quieren mandar al río para que la casa quede en paz; total que así se la lleva aquí la gente, de la casa al río, del río a la casa, y todo, todo es depende, corto o largo, según la edad, la condición de quien lo diga o de las ganas que traigan de estar moliendo.

EL ORIGINAL PAN DE MUERTO

Cuenta mi tía Pachita que aquí en los alrededores de Colotlán, en una ranchería cercana, en tiempos de la Revolución, pos como ustedes sabrán hubo muchos difuntitos, pues por las batallas pues, y la hambruna que había como consecuencia de lo mismo; hubo un hombre muy listo de nombre Rogaciano, el cual quiso poner remedio a algunas de esas circunstancias de la siguiente manera: hacía ya tiempo que habían cerrado un panteón a causa de ya no haber espacio para más almas, bueno, si lo hubieran querido agrandar nomás hubieran tumbado las cercas y ya, pero los colindantes no quisieron vender sus terrenos. Como diez años atrás lo habían abandonado y las cruces de madera ya podridas y desechas, unas cuantas apenas se percibían en algunos pocos montones de tierra que fueron tumbas alguna vez, y éstas ya todas perforadas porque se habían convertido en madrigueras de diferentes animales, y por si fuera poco el que fuera alguna vez cementerio estaba de nueva cuenta enmontado por garruños, mezquites y huizaches, ay' chicampianones pero hay estaban, sin dejar de acompañarlos algunos nopales cardones entre zacate gris amarillento. Don Chano, decididamente sacó sus enseres y desmontó, ni pidió permiso aunque no era de él aquel terreno, bueno a decir verdad ni ese ni ningún otro, todavía no se daba lo del agrarismo, pero él pensó que como mediero que era pos podía hacer producir ese terreno que nadie quería y al cual no querían ni acercarse por los malos recuerdos que le traía a la gente. Metió el arado en la tierra que a su paso levantaba grandes terrones de entre los cuales salían arañas, alacranes hormigas y una que otra víbora chirrionera y alguna de cascabel y por si fuera poco trozos de huesos de gente y de remudas y vacas que ahí quedaron y solo se distinguían por las quijadas y huesos de la

cabeza que son diferente los de la gente que de los animales. Algunos pedazos de cruces tenían letras y números pero Chano no podía leerlos, de eso él no sabía nada, él contaba con el sol, las lunas y la posición de las estrellas, de hecho aró la tierra en luna tierna porque esa es buena para la siembra. También para llevar sus cuentas veía el tiempo de las tunas, los nopales, cuando había chapulines, cuando nacían los conejos, los cenizontles, las hormigas con alas, los asquelines, y otras muchas de estas señales; él sabía que él había nacido cuando en la barranca había pitayas, ni siquiera sabía su edad porque ni siquiera lo habían registrado, para responder cuando le preguntaban su edad, decía: ¿Cómo quién estoy de viejo?, y cuando le daban alguna referencia decía Chano: ¿y cuántos años tiene él?, y ya que le decían la edad del otro, Chano decía que él tenía esa misma edad.

Abrió los surcos de aquella tierra hecha del polvo de los difuntos, sembró la semilla de maíz que recolectó de un lado y de otro de aquella gente que generosamente le regaló algunas mazorcas bajo la conveniencia de que cuando él cosechara les regresaría al dos por uno, y algunas otras mazorcas que tenía de su trabajo de mediero, las echó al surco.

Cayeron las primeras lluvias y brotaron las cañitas que luego luego al verlas se veían llenas de vida y auguraban buena cosecha, don Chano no se descuidaba de su labor, mientras repetía: muchos nopales, elotes por pares, mucha tuna, cosecha ninguna...de sol a sol la cuidaba y la trabajaba, desyerbándola, arrimándole la tierrita que la abundante lluvia de repente la hacía correr y deformaba los surcos, espantando los cuervos, matando a los techalotes que querían comerse las cañitas y también el riesgo de los jabalíes que trompeaban y destrozaban las cosechas, a decir verdad, de techalotes y jabalíes se estuvo manteniendo Chano todo el tiempo que cuidó su cuamil, (ellos se tragan mi maíz, yo me los trago a ellos), a los cuervos no les entraba a pesar que su tía Juventina se los comía, a él lo hacían

vomitara. Al cabo de los días y meses como él contaba con el sol y las lunas, vio el fruto de su trabajo, unas cañas enormes que casi le doblaban la estatura a Chano, y unos elotes de la medida del codo de Chano a la palma de su mano. Cortó el primer elote, no podía creer lo que veía, pensaba: ¡y eso que no aboné la tierra!, estoy seguro que ningún maíz de los alrededores tiene este tamaño. Se le antojaba morder uno, así crudo, pero al recordar que se había dado en tierra de panteón sentía ciertos escrúpulos y desistía, tal vez asado, pero a punto de morderlo, sentía remilgos y desistía, comenzó a pagar sus deudas con maíz, sobre todo a aquellos que le prestaron semilla, también comenzó a regalar y a vender elotes asados en las fiestas de los pueblos cercanos, la gente se sorprendía de tan excelente maíz, y al preguntarle que de donde lo había sacado decía que se lo traía un comerciante de Zapopan, ya ven que allá se da el mejor maíz del mundo, repetía. Un día que llegó a su casa encontró una canastita con unos panes que al parecer tenían poco de haberlos cocinado, como regresó con hambre no pensó dos veces en comerlo, fue y sacó agua del pozo para bajarse aquellos suculentos panes que lo hacían eructar como si hubiera comido carbonato; sobre la canasta había un papel con una letra mal hecha y mal escrita que decía algo así: “Chano, ya se que usted’ no sabe ler, pero de todos modos le dejo este manuscrito ai’ le dejo estos panecitos que son en agradecimiento de los elotes que me dio que ya eran más bien mazorcas por eso las sequé, las molí a punto de harina y las hice panes, a todos los que les di les gustó, ni manteca les puse porque el maíz esta muy grasoso gracias” . Chano comió hasta llenarse, se acostó junto al mezquite y se quedó dormido, soñó que se hacía rico vendiendo su maíz, se despertó por los cuetes que tronaban allá en el pueblo, a lo lejos alcanzó a ver la coronita de un castillo de pólvora que prendían por un festejo, en eso estaba cuando escuchó cascos de caballos atrás de él y entre la

poca luz que la luna dejaba pasar entre las ramas del mezquite vio a un grupo de jinetes al cual uno de ellos le dijo: oiga amigo, somos villistas y mi gente y mis animales no han comido en dos días ¿con qué nos puede ayudar?, les vio las armas y pronto pensó en varios costales de aquel maíz que había guardado y los hizo pasar al cuarto de adobe diciéndoles: creo que esto les puede servir... pusieron un costal en la enanca de cada caballo y le dijeron: ¡gracias amigo!, la revolución se lo va a agradecer algún día; se perdieron en la oscuridad mientras que Chano decía: ¡provecho señores!. Al otro día temprano bajó al pueblo y se encontró a su tía frente a la Presidencia la cual la dijo: ¿te gustó el pan hijo?, ¿ah usté' me lo dejó?, sí tía me lo acabé todo, bueno hijo quería verte para que me vendieras unas 5 quiliguas de maíz, ¿cinco? si tía en la tarde se las llevo nomás cargo el burro y hecho los viajes necesarios. Llegada la tarde así lo hizo Chano y al final le dijo a su tía: le traje todo el que tenía tía, a ver... dijo la doña, son como siete, ¿y para qué quiere tanto maíz tía?, ¡pos para hacer más pan!, me están pidiendo mucho, lo di a probar y a mucha gente le gustó, ¿qué a ti no?, ¡no me diga que el pan que me dio era de ese maíz!, ¡claro!, del maíz de Zapopan, es el mejor maíz que hemos visto aquí en la región..., ¡péreme que voy al baño!, brincó la cerca y comenzó a vomitar, de rato le dio diarrea, en la noche no pudo dormir a causa de que el rato que dormía soñaba que estaba comiendo muertos, no regresó ni a cobrarle a la tía, supo cómo a la semana que todo el pan se vendió en el pueblo, porque lo buscaron para pedirle más maíz a lo cual él dijo: ¡no pos ya hasta al otro año!. No pudiendo con la carga en su conciencia fue y se confesó con el Cura, pero el Cura le dobló la penitencia y de paso le dio un manazo en la cabeza porque él también comió pan de con la tía de Chano. Chano pensaba: todo el pueblo comió pan de muerto...¡hasta yo!, pensaba para sí.

EL PALO MÁGICO O LA HISTORIA DEL SANTO CHOMO

Allá mismito frente a la mesa de los indios, ese cerro que parece un sombrero pero con la copa plana, ese lugar donde dicen que vivieron hace mucho unas gentes que andaban sin ropa y que hasta se comían entre ellos; de los que dicen que eran las hachas de piedra y las puntas de flecha que se encuentra uno en los arroyos o en los potreros y que junto con los metates planos que les dicen “huilanches” vienen terminando como parte de las cercas de lindero. Allí enfrente está el Rancho de los Conejos, a un lado del Rancho de la Pedrera y pal otro lado el Rancho del Monje; en medio de estos tres corre un río que se abastece de varios arroyos que bajan de los cerros de un lado y de otro porque los ranchos están en un hoyo, justo donde termina la cuesta del plan que fue propiedad de don Tomás, ese don que mataron para la otra cuesta hace como diez años que porque andaba de revolucionario, aunque también se cuenta que fue más bien por unos líos en que lo metió una señora que no era la de él pero que tenía tratos de a ratos al oscurecer; ¡vaya usted a saber!, pero lo que sí es cierto es que en ese río que les vengo contando ocurrió un suceso nunca antes visto y que de los tres ranchos hubo testigos.

No hace mucho en la crecida del río por las lluvias que son abundantes cada temporal, un palo de colorín, ese que da frijoles y flores rojas, venía arrastrado por la corriente en la dirección que llevan todas las cosas que el río arrastra, pero onde' al llegar ese tronco que les digo cerca del puente de tablas, de repente que el palo agarra corriente arriba, quiero decir que iba contra la corriente pues, el primero en verlo fue Macario Vela, hizo alboroto y fue a hacer bola para que

vinieran a ver el suceso, ¡pa pronto estaba medio rancho!, que digo rancho y medio y de los otros dos también... espantados unos rezaban dirigidos por doña Faustina que decía que ella había soñado que ya venía el fin del mundo y que esa era una señal; otros decían que era obra de las brujerías de la difunta Matilde que acababan de enterrar un día antes, y no faltaron los valientes hijos del don Cabral, que siguieron el tronco río arriba y lo lazaron desde los caballos y lo volvían a echar y para aumentar el miedo de todos el palo volvía a agarrar para arriba en lugar de para abajo. para eso ya habían traído al Padre de la Iglesia que era de los pocos estudiados y no podía dar una razón que sacara a la gente del espasmo, y doña Faustina gritaba ¡bendiga el río Padre, para que toda el agua sea bendita y se rompa la magia!; una y otra vez lo sacaron con las sogas y lo volvieron a echar y la misma sucedía, hasta que gritó doña Faustina: ¡ya entendí lo que pasa, sí!, pero con una gran sonrisa en lugar del miedo que antes tenía, eso hizo que la gente se calmara y voltearan a verla mientras que ella decía: ¡escuchen bien, el cielo nos manda este tronco y junto con el la señal para que sepamos lo que se nos pide...ese tronco se nos manda para que de él hagamos un santo que será el patrono de los tres ranchos, para que dejemos de tener diferencias entre nosotros, miren, voltién a sus alrededores, todos estamos aquí juntos sin pelear, razonando sobre ese tronco!... El tronco fue llevado a la casa de doña Faustina y de ahí a la Ciudad, creo que para Zacatecas, de donde del tronco regresaron al “santo Chomo”, ¿Qué quién le puso así?, unos dicen que así lo bautizaron donde lo hicieron, otros que no, que así le decía doña Faustina de cariño a un niño de meses que se le murió y que ella decidió que se llamara así; lo cierto es que pal otro año después de las fiestas en que se recibió al “santo Chomo”, con la otra creciente del río, la gente vio que en lugar de un tronco era un coyote inflado de días de muer-

to, el que iba corriente arriba, y lo que nadie se explicaba, el maestro de la escuela que acababa de llegar descubrió que justo ahí de donde se regresaba el coyote corriente arriba, se formaba un remolino de la corriente del agua y regresaba lo que viniera arrastrando. ¡Pa que les cuento más si ya sé lo que están pensando!. Yo sé bien todo eso porque en ese tiempo yo era comisario de los Conejos y me tocó todo ese asunto, ‘ora vivo acá en el Pueblo porque nos trajimos a los hijos para que estudiaran, porque allá nomás hay primaria, pero a ver si podemos lograr algo más aquí, por lo menos la secundaria. Pero acábense su refresco, ya para irnos, porque don Ramón ya quiere cerrar su tienda. ¿Cuánto va a ser don Ramón?, yo invito.

EL TESORO EN LA NUBE

Un día cierto amigo que tenía nube en un ojo, al oscurecer pasaba por el frente de la casa de su vecino y al asomarse por la ventana de palo de mezquite, ya vencida por el tiempo, vio a su vecino y amigo que a la luz del aparato de petróleo contaba unos cuantos centavos a la vez que decía: ¡ni para una pieza de pan me ajusta, menos para todo lo que quiere mi vieja! El mirón de la ventana con la nube atravesada en el ojo y el reflejo de la escasa luz, di a tiro vio una figura transparente al lado del vecino y aseguró ver un ánima, para pronto le dijo asombrado, ¿hey, Ramiro que te apura tu pobreza?, yo vi un anima cerca de ti, de seguro te quiere dar dinero, y no ha de ser poco, porque aunque esta casa está casi en ruinas luego luego se ve que era de gente de dinero, quien sabe cuánto hará de eso pero de seguro aquí hay un tesoro enterrado, ¡vamos buscándolo!, yo te ayudo, ay' me das algo cuando lo hallemos (porque si yo también vi al anima es porque quiere darme parte), dile al ánima que te diga dónde está la relación, no te duermas, ponte a velar. Por tres días Ramiro no durmió y ni en sus delirios de su atolondramiento por el desvelo vio nunca la susodicha ánima, luego, para poder descansar se turnaba con su mujer pero nunca vieron nada, pero el vecino de las cataratas seguía insistiendo que cada vez que él se asomaba por la ventana veía el ánima, aunque de forma borrosa, pero la veía.

La suegra de Ramiro con el entusiasmo de que le tocara parte del tesoro animó a Ramiro a escarbar y le decía: ¡si encontramos el tesoro hasta le perdono que se haya casado con mi hija y que nos tenga en esta miseria!, es más si me da parte del tesoro, ¡hasta me compro una casa lejos para irme a vivir a otro lado!, esto le entusiasmó a Ramiro y en un santiamén, en pocos días, la casa parecía madriguera de conejos, con la esperanza de que la sue-

gra se fuera ya no esperó a que el ánima le dijera dónde estaba el dinero. Pero el tesoro no salía ni daba señales de su existencia, lo único que estaban sacando era que los vecinos de al lado se encorajinaran por el ruido desde oscura la mañana que hacían y porque en otra ocasión la barra de Ramiro salió derecho a la cabeza del vecino que todavía estaba acostado y que su catre se apoyaba en la pared colindante con la casa de Ramiro.

Pa completar este asunto llegó la cuñada de Ramiro, que vivía en el Pueblo contiguo y que venía a visitarlos cada que ocupaba dinero y le pedía a Ramiro que le pidiera prestado para que se lo prestara a ella, el gran negocio que hacia Ramiro, era pedir prestado con intereses y prestárselo a la cuñada sin intereses porque a los parientes no se les hace eso. Llegada la cuñada y una vez enterada del asunto se puso feliz pensando que podría tener parte del tesoro, pero una vez que se enteró de todo lo que se había hecho y no había salido el dinero se puso triste, pero para pronto encontró la solución: en mi Pueblo hay una adivina y estoy segura que ella nos puede decir con certeza dónde está el dinero, ¡vamos Ramiro, vamos a consultarla!, no tengo con que ir, dijo Ramiro, pide prestado y sirve que llevas a mi mamá y a mi hermana a pasear; no pudiendo decir que no, porque eso no se le hace a la familia, Ramiro consiguió dinero a cambio de las 3 gallinas que le quedaban y se fueron a buscar la dichosa adivina, pero una vez estando con ella les dijo que regresaran otro día pero con suficiente dinero, ¡cuando saque el tesoro le pago el doble!, dijo Ramiro, no señor, ¡me paga por adelantado o no le digo!

Regresados al Pueblo, triste por no tener la fuerte suma que les pedía la adivina, dispuesto a abandonar la idea de sacar el tesoro, su suegra y su cuñada entraron con la cara sonriente, Ramiro, ¡te hemos conseguido el dinero que ocupas para pagar a la adivina!, Ramiro pensó que por primera vez recibía una buena acción de su suegra y cuñada, lo único es que tienes que dejar

empeñadas las escrituras de la casa, ¡¿qué?! replicó él, ¡ni loco, es lo único que tengo!, y eso porque me lo dejó mi padre, ¡no seas necio Ramiro ya verás que de la relación de dinero sacas para pagar y haces sobre estas ruinas un castillo si así lo quieres! Con ciertas dudas Ramiro cedió y una vez recibido el dinero y dejando las escrituras con el agiotista procedieron a ir con la adivina; lo primero que hizo esa señora fue contar el dinero, luego les dijo: muy bien, ¿qué es lo que quiere saber?, siéntense alrededor de esta mesa y agárrense de las manos...puso los ojos en blanco y volvió a preguntar, ¿qué es lo que quieren saber?, Ramiro con voz temblorosa todo asustado dijo: ¡díganos por favor dónde está el dinero enterrado en la casa!, si quiere no nos diga con exactitud, aunque sea un más o menos, nomás denos un norte, está bien, dijo la adivina, escuchen bien porque solo una vez lo diré; y temblando de forma brusca dijo: ¡ya lo veo, ya lo veo!, Ramiro y su mujer sonrieron y echaron un brinco de alegría, ¡escuchen bien para donde deben buscar el tesoro!, y poniéndose en pie la adivina levantó las manos y las abrió una para la derecha y otra para la izquierda y dejando caer la cabeza para atrás gritó: ¡pa allá!

Como el dinero lo pidieron prestado para 15 días calculando que una vez que la adivina les dijera no tardarían mucho en sacarlo, pues perdieron la casa y ahora vive Ramiro en una casa rentada de la que pagó el primer mes con el puerquito y el guajolote que les quedaba, su suegra sigue viviendo con él y todos los días le reclama que cómo es posible que el que está completo de los ojos no pudiera ver al ánima y el bruto de su vecino que está casi ciego de las cataratas sí la pueda ver; por cierto, ese señor todos los días va con el agiotista, nuevo dueño de la casa para convencerlo de que saque el tesoro porque él sigue viendo el ánima, y es que ¡ni en eso se puso trucha Ramiro!, dice su suegra, por lo menos cuando empeñaste la casa le hubieras aclarado al agiotista que el ánima no estaba incluida.

LA SUERTE DEL COTORRO, EL GALÁN LA DESEA

Rufino era el común mañoso del Pueblo que en todas partes se dan por tercios; acostumbrado a vivir de los demás y a salirse con la suya siempre, por las buenas o las malas, que al cabo tenía con que convencer, con el dinero o con la pistola, puede escoger entre oro o plomo, ya saben de qué estoy hablando, a más de alguno de seguro les vino a la memoria y a la mejor y esta plática le hace sentir agruras.

Pos bueno yendo para adelante con lo que les venía diciendo desde en antes, este tal Rufino dentro de sus holgazanerías se dedicaba a engatusar muchachas incautas y otras no tanto, por ahí tenía varios hijos, que no mantenía por cierto y que en cada uno de esos chamacos tenía guardadito un puño de rencor y odio para más delantito y para lo cual Rufino había trabajado mucho. Bueno, pos en una de tantas, este tan insigne personaje ya le había echado el ojo a la niña Juanita, y digo niña no porque fuera de familia rica sino porque tenía 16 años y aunque aquí se acostumbra que se casen a los 15, para mí seguía siendo una niña; tal vez sería por su carita chiquita y su esbeltez. Ay' la anduvo rondando y rondando hasta que con sabe qué artimañas la enyerbó y la convenció de que se fuera con él; quedaron de verse allá para la orilla a la metida del sol, para esto Juanita ya había hecho un quimil con unos cuantos trapos envueltos en un rebozo, también llevaba un pequeño itacate para no sufrir hambre en el camino. Llegó Juanita como habían quedado, la huída sería al morir el día y se escondió en unas tapias que fueron propiedad de don Maclovio, el señor que se murió de coraje con diarrea porque se murió su compadre y le quedó a deber un titipuchal de dinero, la gente dice que se murió para alcanzarlo y cobrarle.

Pos hay en esas tapias estaba la Juanita, que de vez en cuando asomaba la cabeza pal camino como lagartija de la cerca, para ver si venía Rufino, pero el tiempo pasaba y nada de él, lo que Juanita ni se figuraba era que el susodicho ¿cómo iba a llegar?... si estaba inconsciente por un sillazo que le acomodó Justino entre ceja y jeta cuando Rufino fue a echarse unos vinos para envalentonarse y llevarse a la Juanita, pero Justino se le adelantó porque ya Rufino le debía muchas, entre ellas el que se haya llevado a su hermana y luego luego la haya botado.

Y ustedes se preguntarán ¿qué fue de Juanita?... que se quedó vestida y alborotada, ¡pos ni una de las dos cosas!, Juanita en su terrible miedo que sentía ya caída la noche, no por lo oscuro sino porque no podía regresar a la casa de sus tatas que para esa hora ya se habrían dado cuenta que se abría juido y su padre andaría dando vueltas en el patio y ya no la recibiría, de eso estaba segura, en todo esto pensaba ella, cuando en su espanto y ayudada por la luna vio una silueta de un fulano que salía de entre las sombras, teniendo a sus espaldas el cerro de Santiago y gritó: ¡‘Ay qué bueno que llegas!, corrió a abrazarlo pensando que era Rufino, tenía mucho esperándote, y le dio un beso y ahí fue donde notó que éste no tenía bigotes y que además le preguntó ¿quién eres? con voz dulce, una vez que lo vio ya con la luna de frente y no a sus espaldas sintió más miedo porque reconoció a aquel quien era conocido de su papá y vecino de su casa, el señorito Mariano, ese hombre mayor que nunca se había casado, pero luego se le quitó el miedo porque recordó que era un hombre bueno, tranquilo, paciente, atento, aunque con un aire de medroso y por todo eso poco atractivo para las mujeres, pero tenía un atractivo: tenía un buen “capitalito”, en vaquitas y tierritas pero lo tenía, porque lo heredó pero sabía cuidarlo. Pos este hombre que casi era un santo y además tenía escuela, cosa poco común entre la gente de aquí, también tenía la cabe-

za calva, poca estatura y una gran panza que le iba bien con sus grandes cachetes, pero Juanita vio más allá, ahí estaba la solución a su embrollada situación, lo quiso volver a abrazar pero Mariano sin saber que pasaba ni quién era (porque además era miope), pegó tremenda carrera que a los tres pasos cayó quedando panza arriba mientras que ella se acercaba diciendo: ¡no se asuste Marianito soy su vecina Juanita!, ya sentado Mariano en el camino por el cual regresaba de donde tiene sus vacas, vio a Juanita y vio su itacate y su quimil de trapos y le dijo: ¿a dónde va, que hace aquí? a lo que Juanita respondió: ¿qué no te acuerdas, cómo que ya se te olvidó? ¡te estaba esperando!..., ¿y a mi para qué?, ¿qué ya no me quieres Mariano?, preguntó Juanita, como Mariano era muy prudente ya no respondió, nomás le dijo: ¡vamos para llevarla a su casa señorita!, sus papás deben andarla buscando. Para eso el padre de Juanita ya había leído la carta que dejó Juanita donde les decía que se iba con el hombre que ella amaba; en eso estaba su señor padre, preguntándose, quién era ese hijo de cuantas que se había llevado a su hija, cuando oyó que tocaban a la puerta, abrió con fuerza y le dijo Mariano, ¡buenas noches señor, aquí le traigo a Juanita!, pero para eso el ofendido ya había agarrado la escopeta que tenía atrás de la puerta y apuntaba derecho a la panza de Mariano, ¡qué le traigo ni que nada!, ¡orita mismo vamos a que los casen!, no le hace que despertemos al Cura, ¡pero déjeme explicarle señor!, eso será después, ¡cállese o lo callo con la escopeta!, así se los llevó por la calle a la casa del Cura y hasta que ya estaban casados bajó la escopeta y hasta eso los felicitó, les dio un abrazo y le dijo a Mariano: ‘ora si te escucho. Mariano dijo: “ya no tengo nada que decir, más que lo que dijo el Cura pero al revés, lo que don Espiridión unió con la escopeta, que no lo separe ni Dios”, ¿‘tas de acuerdo Juanita?...

MARÍA DE PALO

“María de palo”. Escuchó por primera vez ese nombre Rómulo, en aquella esquina donde solían sentarse a embriagarse y a contarse sus cuítas, Quico la nombró y contó parte de la historia de ella. El nombre de María de palo se quedó resonando en voz baja en la boca de Rómulo como se queda vibrando la cuerda de una guitarra, esa boca pesada por el alcohol repitió varias veces ese nombre hasta que se le fue al estómago junto con un trago y de adentro para fuera un suspiro y un pensamiento que le dijo al oído: ¡cómo me gustaría encontrarme una vieja así! pienso que hasta de borracho me quitaría y las ganas de trabajar y ser gente honrada me entrarían con fuerza. Pero a lo mejor son puros cuentos de Quico, ¿cuándo se ha visto una persona de verdad que reparta lo que tiene y que ayude a otros?... y además es cierto lo que dice Quico, o es una santa o esta taimada cuando pienso que es una santa me gustaría conocerla, cuando pienso que esta taimada, se me pierde el interés.

Ya estoy viejo y no he tenido ni una cría. Un hijo de María de palo sería un buen hijo. Pero necesitaría quitarme de borracho para que me respetara, bueno por lo pronto voy a hacer la lucha, no quiero que si tengo la suerte de encontrarla me vaya a ver así de mugroso y oliendo a alcohol. Aventó la botella entre unos matorrales que estaban enfrente de ellos y les dijo: voy a dormir un rato no me siento bien, nadie le respondió y él caminó hasta su casa hecha de pedazos de tapias que tenía por entrada una puerta falsa de mezquite que estaba a punto de desvencijarse de tan vieja, la cual empujó Rómulo y la dejó abierta diciendo: que se quede así, que tal que tenga visita, y así no batalla para entrar (imaginando que María de palo entraba por ella); vio un bote de cuatro hojas que había agarrado agua de la lluvia, estaba junto

al lienzo de piedra, y aunque se percató que tenía maromeros y algo de lama, metió la cabeza, se mojó la cara y se arrimó al pedazo de espejo que descansaba sobre una piedra laja encajada entre los adobes de junto al muro de lo que él decía que era la cocina, le echó vaho con la boca, lo limpió con la falda de la camisa y viéndose en él, pasó un pedazo de peine chueco por el sol por entre su pelo grasoso y lleno de tierra que dejaba entrever las primeras canas de Rómulo, luego agarró una navaja de rasurar que estaba terriblemente oxidada, la lavó en el bote, entró a la cocina por un limón y el que encontró estaba a punto de hacerse piedra de tan viejo, con dificultades lo partió con la misma navaja de rasurar que para que quedara desinfectada. Notó también que los troncos de barba que se quitaba también ya comenzaban a salir blanquecinos, hacía mucho que no me veía en un espejo, pensó, y creo que entre más pasa el tiempo más me voy pareciendo a mi papá, o al que decían que era mi papá, vaya usté' a saber. Se detuvo, entró a aquello que tenía por cuarto y bajó la foto borrosa por el agua de las goteras, foto de sus papás que tenía en la repisita arriba de la cama de tijera, desde donde, cuando estaba briago, les reclamaba un sin fin de asuntos. Salió con la foto hasta donde estaba el espejo y veía la foto y se veía él en el espejo y dijo sonriendo, -sí, si era mi apá-, la duda ya se me va pasando, la gente habladora me sembró esa duda desde que estaba chiquillo.

Voltio pal cielo y pensó: no tarda en llegar la lluvia, el pozo va a agarrar mucha agua este año, ya con tener segura el agua, aunque la comida se escasee de vez en cuando, esta terrible el calor, volvió a meter la cabeza en el bote de agua como los zanates meten la cabeza en los charcos, se sacudió igual que ellos, y entró al cuarto donde dormía y vivía solo con Panchito, lo cargó y lo meció como a un niño de meses. Panchito era un gallo alíquín que agarró por el camino que va para morones; Rómulo decía que su gallo era silvestre pero la gente decía que nomás

andaba desbalagado, eso fue un día que Rómulo iba pal cerro a ver que hallaba para comer; cuenta que iba pidiéndole a Dios que le saliera un guajolote serrano ya que estaban en probanza para lo cual iba bien alistado con unas piedras, pero el que se le cruzó en el camino fue Panchito, de pronto pensó en comérselo pero del cerro a su casa se encariñó con él y ya no le pudo torcer el pescuezo, pienso que Dios fue bueno y en vez de mandarme comida me mandó un amigo, un amigo que es más listo que yo, porque le he puesto vino en una corcholatita de refresco, para que me acompañe y nomás no lo hago que lo pruebe y para luego que me ve borracho y peleando con la foto de mis padres, Panchito me regaña; hace un ronquido largo y me ve de reojo mientras que arrastra un ala, y hace como que se me va a echar encima a los picotazos, y nomás le digo ¡ya!, ya Panchito ya me voy a callar, o ve que tapo la botella y ya se pone quieto se hecha y cierra los ojos pero de vez en vez abre uno y me ve como diciéndome “te estoy cuidando”.

Tengo tiempo dejándolo encerrado aquí en el cuarto, antes lo dejaba libre, pero me avergonzaba Panchito delante de mis amigos los de la esquina donde nos juntamos a beber, nomás veía Panchito que se hacía noche y no llegaba a la casa y él llegaba solo a la esquina y hacia ese ronquido que les digo y me echaba bravata; mis amigos se reían y decían: ¡hay viene tu señora a regañarte y a llevarte para la casa!, y yo me enmuinaba y lo corría a pedradas, pero luego pensé que mejor lo dejaba encerrado para que no fuera a avergonzarme, pero ora’ estoy pensando que eso no se le hace a un amigo porque un día de estos que me tarde mucho en venir lo voy a hallar muerto de hambre y de sed, pero eso no va a pasar ya, ya voy a dejar esas andanzas.

¡Panchito váyase para fuera a buscar lombrices; al cabo si llueve sirve que se baña así como yo ‘horita me acabo de bañar y rasurar, usté’ también alístese, que tal que lleguemos a conocer a María de palo, hay que estar presentables y con

suerte para usted' a la mejor esa doña tiene gallinas y puede usted' realizarse también como hombre. Antes yo pensaba regalar a Panchito para no mantenerlo, pero tiene el buche chiquito y no come mucho y luego él solo se mantiene, no más brinca la cerca y saca lombrices y come moscas y sabe cuántas cosas más, además con él no necesito perro, cuando alguien se mete a la casa y yo estoy dormido, va y me pica las narices y me despierta, es su forma de avisar, estas narices que me sudan cuando va a llover, y no me falla, siempre que me sudan las narices, de ratito llueve, ¡va a ver sino!, 'horita me están sudando reti harto. Otros dicen que cuando hay asquelines, otros que cuando salen hormigas con alas, otros que cuando sopla el viento de acá del lado de la sierra, pero yo para mayor seguridad, cuando me sudan las narices.

Toy pensando que si no puedo mantener a Panchito, menos a María, pero si me pongo a sembrar como antes, sí puedo, mañana mismo voy a buscar alguien que me dé una tierra a medias, 'ora lo verán que sí. Rómulo se tiró en el catre y toda la noche soñó con María de palo, en su sueño la veía joven y bonita y que le decía: ¡Rómulo no seas tonto come pan, no tomes vino!, luego de repente veía una mona de palo apolillado con un vestido de encaje blanco, todo mugroso que lo quería abrazar y se despertaba asustado; luego soñaba una mujer con cara de madera que le gritaba ¡me dicen María de palo porque no tengo sentimientos!, ja ja ja ja. Luego la misma joven con un palo en la mano dándole garrotazos y rompiéndole sus botellas de vino, hasta al mismo Panchito según el sueño de Rómulo sufría los azotes de aquella enfurecida mujer que tiraba garrotazos a diestra y siniestra, como si rompiera una piñata, pero en vez de piñata era Panchito, el que volaba como loco por todo el cuarto, queriendo salvar el pellejo.

Mientras Rómulo tenía terribles sueños, Panchito cantó ya clareando la mañana, a la hora del rocío, el canto despertó a

Rómulo y corrió a abrazar a Panchito y le dijo: ¡qué bueno que estas vivo! ¿No te hizo daño esa vieja? Panchito volteó y lo vio de reojo poniendo cara de duda como diciendo: “¿de qué hablas?, déjame acabar de cantar agusto”. Luego Rómulo se limpió el sudor de la cara y dijo: ¡‘ora estoy sudando no porque vaya a llover sino de puro susto! ¿Cuál será el significado de este sueño, cuál será la realidad?, luego pensó, ¿Por qué me trai’ de cabeza esa mujer, si ni en mi vida la he visto, solo porque oí a Quico hablar de ella?.

Luego le agradeció a Panchito por despertarlo y terminar con ese mal sueño, luego recordó que le puso de nombre Panchito por cariño a aquel amigo que en sus embriagueces se quedó tirado en la calle en pleno invierno, el día que cayó terrible helada y pos amaneció más frío que un muerto, pobre Panchito, ese día le fallaron los perros, como vivía en la calle la única forma de quitarse el frío era abrazándose de un perro callejero igual que él, pero ese día de tanto frío, ni perros había en la calle, quien sabe dónde diantres se metieron y esa fue la causa de que Panchito falleció.

Un día que se fueron siguiendo un baile para ya para un rancho, de regreso los agarró el frío y a falta de perros se abrazaron a dormir de unos cochinos que estaban echados al lado del camino, de hecho son más calientitos que los perros, pero ese día malo para Panchito no había ni de los unos ni de los otros a su alcance, nomás se hizo bolita y así amaneció tieso, no lo podían enderezar para meterlo al cajón y eso que lo metieron en agua bien caliente por un rato para a ver si se ablandaba, pos como ese amigo se fue, por eso le puse a este quiquiriquí por nombre Panchito aunque no se parecen en nada pues.

De pronto reflexionó ¡ah jijo! Pos si a Panchito lo enterraron en un cajón que una señora le regalo con dinero que anduvo juntando por las casas, yo nunca supe quién era esa señora, ¿no será

esa la mismita María de palo?, y es que ese día, yo llegué tarde al velorio de Panchito, y todo atolondrado por el alcohol, nomás recuerdo que lo velaron debajo de un árbol allá en la orilla, en la salida que da al monte; no pos así como andaba onde me iba yo a fijar quien estaba allí. Pensando en todo esto, tratando de acordarse de las caras de los que estaban en el velorio, para ver si daba con la cara de María de palo, se fue rumbo a la casa del “maistro” Justino, a ver si lo quería de peón de albañil, para trabajar en algo mientras conseguía una tierra a medias, pensando que si María de palo según decía Quico era pobre, pero bien chambeadora para ella y para los demás, ¿Por qué él no trabajaría? Aunque fuera para él y su gallito.

Además según sabía, María de palo había llevado desde niña una vida de mucho sufrimiento y necesidad, pero ahora era feliz ayudando y viendo por el bien de otros; yo en cambio uso la necesidad y el sufrimiento para hacer puras maldades pero ya va a dejar de ser así. Feliz iba en sus pensamientos cuando al doblar la esquina se topa de frente con la policía rural de entre los cuales había dos que ya eran viejos conocidos y que siempre traían entre ojos a Rómulo, le dijeron: ¿pa donde?, voy a buscar trabajo, ¿y desde cuándo?, desde ayer, respondió, ¡y tú que dijiste ya me la creyó!, ¡andando Rómulo para la comandancia!, ¡pero si no he hecho nada malo!, ¡eso lo vamos a ver!, ¿pero qué pasa? un día del año que quiere uno cambiar de a de veritas y no lo dejan...Ya frente al juez le leyeron sus delitos: usté' fue a un rancho y pidió un burro prestado que disque para llevar leña a vender a otro y si la vendió pero con todo y el burro que no era suyo, no conforme con eso le robó unos huevos a la señora que le compró el burro y la leña, ¡uh!, ¡pero de eso ya hace más de un año... y luego los huevos estaban güeros!, sí, pero el dueño del burro y la señora a la que usted lo vendió lo acaban de demandar.

Pasaron 3 días y estando Rómulo recargado en la reja, pre-

ocupado por Panchito, aunque recordaba que lo había dejado suelto, así que buscaría comida y agua sin problema, pero si lo iba a buscar a la esquina donde él tomaba y no lo hallaba, ¿qué haría Panchito?, en eso estaba pensando cuando vio que entre la reja junto a sus pies una mano introducía un plato y le decía: ¡unos frijolitos señor!, levantó la vista y vio a una mujer de apariencia común y de esas que en el pueblo les llaman “quedadas”, pero bajo el rebozo en la otra mano estaba Panchito, asomando la cabeza, Rómulo sintió agradecimiento por los frijoles pero coraje porque la señora traía su gallo, ¿señora de dónde agarró ese gallito que se parece mucho a uno que es mío?, pues verá pasaba yo por una esquina donde se juntan unos señores a tomar y allí estaba paradito, y uno de ellos creo que le dicen Quico, dijo que era de Rómulo, un amigo de ellos que tenía días que no iba, ¿usté’ conoce a Rómulo?, ¿y ahora qué digo? pensó él, qué tal que ésta sea María de palo y me rechace por ser preso. Tomó el plato apresurado y dijo: ¡están güenos los frijoles oiga!, y disculpe ¿qué piensa hacer con el gallo? pues seguir buscando a su dueño; Panchito hizo uno de sus ronquidos y volteó y lo vio como diciendo: “no te hagas menso hay te hablan”, luego Rómulo preguntó ¿si no es mucha indiscreción ¿cómo se llama usted? María, me llamo María, aunque la gente me dice María de palo. Los frijoles se le atoraron a Rómulo en el gáznate y se quedó mudo un ratito. ¿Y por qué nos traí’ comida a los presos? si somos gente mala. A mí no me toca juzgar, dijo María, solo ayudar, si todos fueran como usté’ el mundo sería diferente, replicó Rómulo. Mire, dijo María, además de traerles comida, juntamos para pagar la multa de vez en cuando de alguno, no sin antes estar seguros que se comprometan a no volver a las andadas. Sí claro. ¿Por qué está usté’ aquí señor? por un burro que pedí prestado y lo vendí, ah mire que casualidad, dijo María, la señora a la que se lo vendió es mi tía, ¡ya valió! pensó Rómulo, pero no se preocupe, ya le dije que yo no estoy aquí para juzgar...¡Oiga María! y si me comprometo a traba-

jar para pagarle a su tía lo del burro que tuvo que regresar, ¿Cree que me perdone?, puedo trabajar las tierras de ella misma para que se asegure de que le pague. Tenga la seguridad de que hablaré con ella, por lo pronto le dejo su gallo, provecho, voy a seguir dando comida a otros presos, tenga buen día Rómulo.

Ni falta hizo que le dijera que yo era Rómulo. ¿Qué te parece Panchito? lo único bueno de estar aquí es que ya conocimos a María de palo. Panchito lo veía y le roncaba pero ahora con una cara como diciendo: “ya vez lo que se siente estar encerrado... pero a ti sí te traen comida, no que tú ni agua me dejabas”. Tres días después vino un policía y le dijo: Rómulo este papel dice que puedes salir, que la señora que fraudeaste aceptó que le trabajes su tierra hasta que quede pagado lo que te dio por el burro y que los huevos te los perdona. Te lo digo porque no creo que sepas leer ¿o sí?, no, no sé leer ni usté’ tampoco, ¡eso lo sabe porque se lo dijeron! El policía se puso colorado y le dijo: ¡no ofendas a la autoridad porque te regreso para dentro! Rómulo puso a Panchito en su hombro y salió caminando erguido, con un paso triunfante. Pal otro día ya andaba trabajando desyerbando en el terreno de la tía de María, sudando y hambriento, acompañado de Panchito, cuando en eso oyó a María que le decía: ¡síñor, veo que cumplió con su palabra!, lo felicito, si todos hicieran como usté’ el mundo sería diferente, aquí le traigo unos taquitos para que almuerce porque supongo que no tiene dinero para comer, pero no será siempre, solo mientras cumple su compromiso, y a Panchito no le traje porque veo que el anda comiendo lombrices.

No María lo que pasa es que mientras yo desyerbo él va acabando con la plaga, ¿no me podrían reducir los días de trabajo tomando en cuenta el trabajo de mi ayudante? Porque él no anda cobrando... Le preguntaré a mi tía, tal vez lo considere. Al otro día se retomó la plática a la hora que María le llevó el almuerzo. Oiga Rómulo, dijo mi tía que tiene una mejor negocio,

pasa que se le murió su gallo y pues hay riesgo de que las gallinas dejen de poner, que si le da su gallito a cuenta de 3 días de trabajo. ¡No! ¡cómo va usted a creer!, me va a dejar sin mi único amigo, no puedo hacer eso... Panchito replicó con su clásico ronquido y su mirada rencorosa y voló a los brazos de María como diciéndole a Rómulo: “hay te quedas, yo me voy con las gallinas ya me cansé de esta soltería”... está bien, dijo Rómulo, llévelo María, pero que este allá en las tardes y duerma con las gallinas, y en las mañanas me lo traigo para que siga aquí con su trabajo y a ver si su tía me toma en cuenta que ahora Panchito trabajará doble turno! Quién fuera Panchito para no dormir solo!, María se sonrojó y eso le dio esperanzas a Rómulo.

Al otro día María le preguntó ¿y terminando su compromiso a que se va a dedicar? pues verá usted, me gustaría ser comerciante pero no sé leer ni contar, como podría hacerle, eso es imposible ... no, nada es imposible y yo le puedo ayudar. ¿De verdad?, ya lo verá cuando termine su trabajo aquí.

Pasó el tiempo y la amistad creció, Rómulo se convirtió en ayudante de María, juntando cosas de regalado para ayudar a otros, visitando a los Presidentes para que soltaran aunque fuera poquito para ayudar a los más amolados, llevando comida al rústico Hospital y a la cárcel, y así se la pasaban de aquí para allá; hubo quien dijera que sería buena presidente pero ella nomás se reía. Más para delante de tanto andar juntos se enamoraron y se casaron, se llevaron a vivir con ellos a Panchito y su familia. Y ahora Rómulo es comerciante aunque no le gusta mucho; María lo puso a vender gelatinas por el pueblo, de lo que saca tiene que hacer 3 partes, una para él, otra para mantener a María y la otra para ayuda de los más amolados. ¿Que al cabo para qué queremos guardar dinero? Si ni hijos tenemos ni podemos tener, los más necesitados serán nuestros hijos y nuestros hermanos. Sí, pensó Rómulo, y Panchito tu cuñado.

!¿QUÉ PASA CON ESTE HOMBRE?!

¿Qué pasa con este hombre que no reacciona?, ¿señora, es su esposo?, ¡Sí, sí Doctor!, responde la señora, que aunque de evidente mediana edad, parecía tener el doble, con arrugas marcadísimas y una piel terriblemente reseca de desnutrición y su ropa desgastadísima de tanto uso; ¡si yo fuera su esposo ya me habría divorciado de usted!, dice el Médico (luciendo su abultada panza), luego luego se ve que lo tiene sin comer, ¿qué le da de comer? o ¿cada cuándo le da?...tiene usted todo el aspecto de mujer fodonga y desobligada, ¿cada cuándo se baña?, mire Doctor, le doy de comer cada que él arrima un poquito, cuando pide prestado, que ya casi nadie le quiere prestar porque luego no tiene con qué pagar, y es también cuando yo como después de él, lo que el deja en el plato, y a veces que los vecinos nos regalan un taquito... Pos como va a querer que le presten si no paga, ¡ustedes tienen la culpa de estar de fregados como están!, y ¿por qué en lugar de andar pidiendo prestado no trabajan?, ¿a qué se dedica su marido? pos es albañil, no fue a la escuela, y tiene trabajo muy de vez en cuando, casi nadie lo quiere contratar por viejo y por flaco, porque dicen los patrones que se puede caer del andamio y ellos no quieren responsabilidades, ¿ya ven por no estudiar? ¡se les hace fácil todo a las gentes como ustedes!, ¡hay Doctor,! lo que pasa es que nomás tuvimos un hijo después de casarnos, y de lo poquito que ganaba mi viejo, teníamos una casita muy pobre, pero la teníamos, pero onde no se nos enferma el hijo, ya estando en la primaria, de lo poquito que ganaba mi viejo le dábamos estudios al muchacho, porque él quería estudiar, decía que él quería ser doctor que porque quería estar gordo como ellos, sin agravios al presente, y que porque quería traer un carro como el de ellos, ¡ya ve las ilusio-

nes de los muchachos!, y que porque eran re buenas gentes, pero cuando se enfermó se desilusionó re mucho de todo eso, ¡viera que mal nos trataban!, puras regañadas y nada de medicinas y eso que mi viejo tenía seguridad médica por ser albañil, pero bueno, a final de cuentas el muchacho ni se alivió y nos quedamos en la calle, mi viejo vendió la casita, se acabó los poquitos ahorros, y ya que el muchacho no se aliviaba empezó a pedir prestado, para lo mismo pues, pero onde no de puros intereses nos quitaron todo, bueno no era mucho, pero se llevaron todo los Licenciados, el catre, la mesita, la televisión, la estufita, hasta las cobijas viejas y las garras que teníamos para vestirnos, y ¡con todo y muchacho enfermo nos echaron para la calle!, pos el muchacho se murió de frío, nos quedamos sin casa y sin hijo, todavía debemos un montón y estamos demandados, pero nos metieron a la cárcel y mejor nos echaron para afuera que para no estarnos manteniendo, nosotros estábamos re agusto hay dentro teníamos el taco seguro, pero ya los policías y el alcaide estaban hartos de que les estuviéramos pidiendo prestado, así que nos echaron para afuera que para ver que piscábamos y pos poder abonar algo a las deudas. Y no tienen parientes?, ¡ya nos desconocen por lo mismo pues!, ni siquiera nos hablan.

Ya está despertando el señor, creo que el suero vitamínico que trajo ya le está haciendo efecto, ¿y cómo le hizo para comprar el suero?, me subí a un camión a pedir dinero y apenas ajusté, ¿no le irá a sobrar un poquito para que me lo ponga a mi doctor?, o regáleme la mitad de su coca si no es mucha molestia y si me puede regalar un cigarrito, de los que usted fuma, no le hace que sea en ayunas. Mire señora yo ya voy a salir del turno, aquí le dejo la receta le compra estas pastillas, y estas vitaminas y este suplemento alimenticio, bueno de antemano le digo que es todo lo que puedo hacer por ustedes, y ni vaya a la farmacia del Hospital porque aquí no hay medicinas, sí doctor, a la mejor nos vamos pronto de aquí porque la

verdá es que nomás estoy esperando que se alivie él poquito para poder enfermarme yo porque ya no aguanto la debilidá.

Una vez ido el Doctor, empezó a hablar el enfermo como medio inconsciente, decía una y otra vez: ¡ya no me cobre, no tengo dinero!, pero ya le pagué como diez veces la deuda con los puros intereses, regrésemme mi casita, ¡que todavía quiere que le pague impuestos!... ¡Ya viejito, ya no sufras!, le decía la señora, mientras le secaba el sudor nervioso con un pedazo de periódico, al cabo que quién quita que el próximo Presidente sí nos saque de amolados, ¡míralo! aquí está en este periódico, ¡míralo! re guapo y sonriente, dice que su casa estará abierta para toda la gente, ¡ya alvíate para visitarlo!, quien quite y nos preste dinero. ¿Qué pasa señora? (interviene una enfermera), ¿qué le pasa a este señor?, nada señorita, tiene miedo, puros nervios, le tiene miedo al dinero, ¿no lo oye?, le tiene miedo a los intereses y a los impuestos que tiene que pagar sin tener trabajo. ¡yo no sé si hay medicina para ese susto!, bueno, ya dijo el Doctor que aquí en este Hospital no hay medicina para eso ni para otra cosa tampoco, yo no sé para que inventan esas enfermedades si no hay medicinas para curarlas, ¡como son desconsiderados!, y a luego no quieren que este uno enfermo de los nervios, ya luego los Doctores te andan regañando si te mueres.

¿Sabes qué viejo?, la mera verdá yo también tengo mucho miedo como tú, no tengo miedo a que te mueras, bueno poquito, porque a luego con quien voy a compartir esta miseria, pero tengo más miedo a que no voy a tener con que enterrarte, ni para la misa, menos para la funeraria, y luego empiezan que si la quiere con galletas, café, agua fresca incluida; bueno ya sabes que eso lo sabemos bien porque nomás andamos viendo donde hay muerto para de perdido tomar café con galletas, pero ¡no es lo mismo ir a enterrar a un muerto que ser el muerto!, nomás acuérdate que yo te lo advertí, por si algo te sucede, ¡ay viejo!, mejor me callo, no sea que te me vayas a morir de puro susto.

UNA LOMBRIZ GIGANTE EN MI ESTÓMAGO

Cierto día escuché la siguiente historia, que dado la persona que la contó, es digna de credibilidad, pero usted juzgue y de creerlo prudente ponerlo en práctica será decisión suya.

Cierta señora se quejaba de que sus hijos estaban lumbricientos, el que decía decirse Médico le dijo: ¡no se dice lumbricientos se dice con parasitosis!, pero eso no es el problema a decir verdad, sus hijos tienen un parásito llamado “solitaria”, es una sola lombriz como diría usted pero de dimensiones gigantescas, casi del tamaño de los intestinos, pero eso la hace más fácil de aniquilar, ¿es de rancho usted verdad?, sí doitor, bueno, haga de cuenta usted que va a ir de cacería a matar una víbora, ay doitor, ¿no está usted exagerando?, ¿a poco mis hijos tienen una víbora en la barriga?, más o menos algo parecido, Pero verá usted, le recomendaré un remedio infalible para acabar con ese monstruo, ¿qué es lo que más le piden sus hijos? leche, leche todo el día, mañana tarde y noche. Bien, verá usted señora, la solitaria es de leche, entonces le diré lo que hará, es muy fácil; ¿me decía que también su esposo tiene el mismo mal?, sí así es, igualito, bueno, comencemos con el señor de la casa, este es el remedio: a una silla de madera le hace un agujero en la tabla donde se sienta, después de 3 días de que el señor no coma nada, ¡qué no coma nada!, ¿me oyó? la solitaria estará hambrienta, sienta al señor en la silla previamente perforada, el señor sin trusas por favor, luego, pone debajo de la silla un plato de leche caliente que suba el vapor hasta las sentaderas del señor, (le puede poner azúcar a la leche para que sea más llamativo el olor a la solitaria), la solitaria olerá la leche y asomará la cabeza buscan-

do de dónde viene el olor para ir a tomar del plato, usted se está lista sin moverse, para que la solitaria no se asuste, pero usted lista, cuando vea que la solitaria comienza a tomar la leche, que tenga la cabeza en el plato, rápidamente la agarra del pescuezo y poco a poco la va sacando del intestino de su marido, la puede ir enredando en un palito ¿me entendió?, sí doitor, y si en lugar de agarrarla del pescuezo, me estoy lista sin moverme con el machete en la mano y cuando se asome, ¡zas! le mocho la cabeza de un machetazo, ¿es igual que no?, sí señora, pero el problema que existe es que si no le tanea bien puede mutilar a su esposo.

El año pasado, acá atrás de ese cerro, otra señora mató a su esposo porque en lugar de agarrarla del pescuezo, se quedó quieta pero con la pistola lista y cuando la solitaria se asomó le soltó un balazo, pero la solitaria la vio y metió la cabeza y el balazo fue para el señor, sí es cierto que la mató pero junto con el viejo, como quien dice ¡mató dos pájaros de una pedrada!, por eso mejor haga la receta como se lo estoy diciendo. Ay' doitor, lo único que pienso es que cuando les haga el remedio y se les baje la panzota ¡los pantalones ya no les van a quedar!, no se apure con el cuero de cada solitaria les manda hacer un cinto y asunto arreglado, que al cabo lo que aquí sobra son talabarteros. ¡Ah eso le va a dar gusto a mi marido!, desde hace mucho quería un cinto de piel exótica, ¡pero con lo pobre que somos!...yo estaba esperando que se muriera el burro, a ver, ¿quién trae cinto de cuero de burro?, pero es más exótica la piel de solitaria. Ya ve señora siempre hay que buscarle el lado bueno de todo. Sí doitor, como quién dice del mismo cuero salen las correas.

VAMOS A LA FERIA QUE YA ESTÁ ANOCHECIENDO

Cuando este pueblo era pequeño y yo también, yo el menor de once y mi Pueblo del centro a las orillas dos o tres cuadras y ya estaba el monte donde la gente cortaba nopales, o el río a según si caminabas para el oriente o para el poniente; era muy común que las vacas y los burros anduvieran dando la vuelta en la plaza. A veces hasta se veían las gentes correteando a las gallinas que se salían de los gallineros que estaban en el corral de cada casa, pero como las bardas eran bajitas y otras eran cercas de piedra, fácilmente se subían a las azoteas y de ahí pegaban para media calle, calles que estaban empedradas porque eran las principales del Pueblo, yo creo que porque eran las que estaban alrededor de la plaza y frente a la Presidencia. Todo lo demás del Pueblo era pura tierra que a veces los puercos trompeaban para hacer sus echaderos en plena calle pero que a nadie estorbaban; los que venían a caballo nomás les sacaban la vuelta o los espantaban y asunto arreglado; a las bicicletas no les estorbaban porque solo había una en el Pueblo, era la del hijo del Presidente Municipal y que solo daba vueltas en la plaza que estaba adoquinada y cuando un niño se quería subir en ella la rentaba y había que dar la vuelta por debajo de la plaza en el empedrado, se sentía feo cómo brincaba el cerebro adentro de la cabeza, decía mi mamá, que no era bueno eso porque el cerebro se batucaba y luego se quedaba uno menso; yo solo una vez me subí y ya nomás porque la renta caro y porque además me gustan más los juegos de la feria que ya mero llega además los puercos en las calle y en los corrales eran muy útiles para limpiar el Pueblo antes que hubiera drenaje.

En los portales o en las esquinas de la plaza se veían amarrados burros o caballos de la gente que venía de los ranchos a hacer sus compras o sus ventas y que no podían irse de regreso si no se habían tomado su respectiva soda con una concha de las que hace don Higinio en su panadería de junto al mercado. En esta plaza se veían muchas cosas todo el año pero cuando llegaban los juegos mecánicos para la feria se veía más bonita todavía. Los juegos que aquí venían eran mecánicos, pero gente que había ido a Guadalajara o a la Ciudad de México, decían que allá los juegos eran eléctricos que jalaban con luz eléctrica pero yo no sabía qué era eso porque aquí no había. Los juegos de la feria de aquí los movían señores que casi siempre eran gordos y de gran estatura que los hacían girar con una manivela que enredaba y desenredaba un cable de acero como del grueso de una sogá en un carrillo de grande como las lecheras de lámina en que echan la leche que ordeñan, y de gordos como un bote de cuatro hojas.

Los pocos músicos que había, las tres *legías* para decirles por su nombre se ponían muy contentos de que hubiera feria porque les pagaban por tocar en el kiosco para que la gente se alegrara un rato oyéndolos; solo se oían, difícilmente se veían, porque la luz de aceite de los faroles que había en las esquinas solamente, no lograba alumbrar hasta el kiosco, aunque a veces les ponían un quinqué junto a los músicos y de lejos se veían como espantos por las sombras enormes que se veían en sus caras.

En ese tiempo se apagaban más noche los faroles de las esquinas, creo que hasta que salía la gente del palenque, como a eso de las doce. Los dueños de las casas del centro daban permiso de que colgaran tiras de papel picado de colores para adornar y algunos pintaban sus casa con cal y anilinas que las fijaban con sal de grano y baba de nopal para que no se despintaran con las lluvias, eran las casas de los ricos

decía la gente, las que están enjarradas, las que están pintadas con almagre; las de los pobres eran de barro con piedra y techos si bien nos iba, de tableta con tierra prensada. Así era mi casa que estaba en la orilla del Pueblo, donde además se cuenta que llegaron a vivir los tlaxcaltecas hace mucho tiempo; yo creo que ni mi abuelo había nacido y si hubiera nacido no los pudo haber visto llegar, porque era ciego; también dicen que las huertas de junto al río y las acequias las hicieron ellos al igual que unas represas de ramas y zacate que ya no existen pero que cuenta la gente.

De las acequias a la plaza esta poquito más lejos pero corriendo por el bordo del río llega uno rápido y más si salen los perros de las huertas y te corretean. Llegas a esa plaza donde esta esa linda feria y hasta el susto se te olvida. Llegas y te reciben los olores de los elotes cocidos, o tatemados que te los venden con una rebanada de queso o con un vaso de jocoque, y si quieres un chile de árbol esos son gratis todos los que te comas; en la casa mi mamá tiene de esos chiles, se dan en los almácigos, sirven para curarse las encías cuando sangran mucho, nomás te lo refriegas con los dedos y luego no sabes si te arden más las encías o los dedos pero sí se cura la gente; si te llegas a enchilar los ojos busca alguien que tenga la trenza grande y con el pelo te tallas los ojos y se desenchilan.

En la feria hay muchas muchachas con el pelo largo que se lo lavan con legía en los arroyos para que les quede brillante y presumirlo dando vueltas en la plaza, los domingos, o cuando hay feria, las muchachas compiten a ver quién tiene el pelo más largo, la que yo he visto le llega a las corvas, aunque cuentan de una de San Nicolás que dicen que le llega a los talones, ¡vaya usted a saber si es cierto o es puro cuento! A Pancha que también tenía el pelo largo y bonito le pegó un buscapié en la cabeza y le ardió como rastrojo, eso también fue en una feria. Esa feria empezaba en la casa de la siguiente

manera, mi mamá gritaba: ¡Ya está anocheciendo vámonos a la feria!, pero el que no se cene todos sus frijoles y su taza de café con su pan de chiquigüite ¡no va!, cenén bien, no se queden con hambre. Ya bien cenados y con la cara lavada y llena de crema nos íbamos a la feria, mis hermanos más grandes se peinaban con jugo de limón y a veces con vaselina de la que usaban para sobarnos las anginas, (con la vaselina brilla más el pelo); también nos ponían la ropa menos parchada que teníamos, la ropa la pasábamos del más grande al más chico y de igual forma los zapatos, yo era el último en usarlos y cuando ya no me quedaban mi mamá les cortaba la punta para que me salieran los dedos y no me apretarán.

Ya llegados a la feria pasábamos por los puestos de comida y mi mamá nos decía: ¿quieren comer algo?, no, decíamos todos, estamos llenos, ¡bueno luego no digan que no les dije! no, le decíamos mejor queremos subirnos a los juegos; a lo que ella respondía ¡no, porque están llenos y se pueden vomitar!, den unas vueltas a la plaza para que se les baje la cena y nos vayamos a dormir porque ya es tarde.

Esta historia se repetía los siete días que duraba la feria en la que nos divertíamos sin gastar ni un quinto. ¡Cenén, si quiere ir a la feria!...

DE MASA Y DE CUAJADA

Doña Luz ha de ser bruja, decía para sí, su hija mayor que había sido testigo de al menos cinco apariciones que había hecho de cinco de sus hermanos que le seguían; de otros dos de siete no recordaba haberlo visto. Doña Luz acostumbraba a dormir igual que todos y al amanecer ya tenía un nuevo hijo al lado suyo. María Emilia, la mayor, preguntó algunas veces que quien se los llevaba o de dónde los agarraba, a lo que doña Luz respondía: ¡yo los hago en un dos por tres de una bola de masa!, aquello para Emilia era demasiado asombroso y difícil de creer.

En otra ocasión recordó que su madre le dijo: ¡vete por las vacas!, y cuando regresó ya había matado dos pájaros de una pedrada, ya tenía dos hermanitos, se los echó de un tiro. Emilia corrió a la cocina y su asombro fue mayor al darse cuenta que el nixtamal apenas hervía en el tenamaste y luego el metate estaba limpio. ¿De dónde agarraría la masa?, cuando fue y le dijo a su madre que no había masa para hacerlos doña Luz le respondió que a falta de masa los había hecho con cuajada, lo cual creyó Emilia ya que eran blancos como la abuela y diferentes a los demás, que eran morenos como doña Luz.

En todas las familias hacen eso, pensó Emilia, en todas hay prietos y blancos, unos son de maíz y otros de cuajada y algunos otros los hacen de masa con cuajada; yo creo que cuando no ajustan de uno o lo otro, recordando a su tío Rodrigo que tenía el mal del pinto; pero lo que vio ahora a sus trece años la dejó atónita: estaba ella en la cocina moliendo y su madre torteaba junto a la chimenea apoyando la batea de la masa en el pollito de piedra y lodo junto al balde de machiguís, doña Luz se puso en cuclillas oculta en sus grandes

naguas atrás del pollito, y en un santiamén doña Luz tenía un chiquillo en las manos que daba terribles chillidos. ¡Qué rápido los hace!, pensó Emilia con los ojos desorbitados viendo una rozadera llena de sangre en el suelo de tierra con que cortó el cordón umbilical doña Luz, a la vez que oía su voz que le decía: ¡córrale, vaya al barbecho a decirle a su tata que ya tenemos otro niño, y de allá para acá se corta unos otates para hacer mi té y para bañar al niño! Emilia corría desesperada con los pies descalzos entre los surcos y de repente su cara de susto se cambió por una sonrisa mientras pensaba: ¡ya sé! cuando vuelva le voy a decir a mí má que me enseñe a hacer los hijos, porque así como me mira el Lupe yo creo que cualquier día me roba y de seguro va a querer muchos escuincles, pero no le hace, voy a tener mucha masa porque el siembra harto maíz, ¡si vieran los chapiles!, ya que si los quiere de cuajada no es problema también tiene muchas vacas...

PURA CENIZA

¿Pa qué tanto maldito celo? Decía rabioso Celso con ganas de mascullar la puerta de mezquite en que se recargaba mientras cruzaba los brazos y un pie lo apoyaba en la punta del huarache a la vez que su nariz se esponjaba como el maíz del nixtamal por el calor de la lumbre; con una mano apretaba el paliacate que de haber estado empapado lo habría dejado seco al instante por la fuerza con que lo exprimió, era tanta su furia que empezó a dar vueltas como un remolino por todo el cuarto de adobe y piso de tierra como si fuera a tumbarlo, sin quitarle los ojos de encima a la Lupe, a la vez que escupía: ¡¿Pa que tanto maldito celo!? ¡Si te todos modos no soy tuyo!, tú estás como el loco del patrón que piensa que el mundo es de él. ¿O qué, también te vas a pelear con Dios cuando decida llevarme?, ¿qué vas a ser para detenerme? El que viva contigo nada quiere decir, aunque eso para ti sea todo. ‘Horita estoy aquí, quien sabe mañana, no soy dueño ni de mí mismo menos tú de mí; ya verás que no tarda el día en que tenga que irme del brazo de la muerte (a ver si también la desgreñas), y allí no me vas a celar ni me vas a querer acompañar para ver que ando haciendo con ella, de seguro me vas a dejar ir solo ¿pa qué tanto celo? nomás te acabas más pronto, ¿pa qué me quieres todo el día achinchorrado aquí? Siendo que allá afuera de este jacal hay tanta vida y tanto que hacer.

El celoso es como la sanguijuela se le pega al otro, nomás le chupa la vida; pero también acaba muerta y de tanto que exige y quiere obligar a que la amen lo único que logra es odio y el deseo de retirarse lo más lejos y lo antes posible de ella ¡¿pa qué tanto celo?! ¿Quién dijo que el otro es tuyo? Nomás

porque come en el mismo plato ¿qué no has visto comer onde' mismo al perro y al gato?, y míralos siempre odiándose, uno le ladra y el otro lo araña... ¿Quién dijo que el otro es tuyo porque duermen en la misma cama?, y bien el otro aunque con calor en el cuerpo tiene frío en el alma y sueña con todo, menos con quien está a su lado.... ¡¿pa qué tanto celo!?, el amor es todo menos eso.

¡Te celo porque te amo! al diablo con ese cuento, el amor es todo menos celos, porque el amor, la vida y la alegría son una misma cosa y la muerte, los celos y la amargura también. Dicho esto, Celso sé sentó en la cama respiró hondo y tranquilo y clavó la vista en la pared, mientras que Lupe secándose las lágrimas salía de entre las cobijas desnuda y se abrazaba de él.

El odio, el amor, los celos, el coraje y el cariño iban y venían de sus pies a sus cabezas, que atizaban la confusión que ardía como brasa, sus corazones cambiaban de sentimientos a la velocidad de un aire de febrero, de tal modo que en su interior encendido produjo fuego y las cobijas sé incendiaron, agarró lumbre también la cama que era de madera seca, para luego el techo que era de tableta, el chapil de maíz, el garrafón de tequila por los aires estallaba, cuanto había allí se convirtió en cenizas. De allá en medio del pueblo toda la gente miraba cómo de aquel jacal humo y fuego se elevaba mientras que de Celso y Lupe solo cenizas quedaban.

13 DE MARZO DEL 2006

AURORA

No puede una mujer tan linda pasar desapercibida por enfrente de uno, aunque cerrara los ojos su olor la delataría, es como si pasara por mi nariz un fresco ramo de azucenas blancas.... y sus pies mestizos que pisaban blandamente parecen pétalos que producen un sonido suave que nadie más en el pueblo lo hace; porque las que no andan enojadas dando huarachazos, tienen los pies resecos y agrietados y cuando caminan se oye que raspan las piedras; otras, las señoronas pues ni se diga, con sus tacones finos hacen otros sonidos, ruidos falsos, que no agradan, más bien asustan porque ya sé que a lo mejor le pegan un grito o le ordenan algo por el mero hecho de ser hijas del fulano o esposas de sultano.

Otra cosa que no ocupa es sonreír con la boca esta muchacha, yo digo que trae la sonrisa en los ojos, y esto es muy cierto; no hace falta que estire los labios, ni que enseñe sus dientes blancos como su alma, que también son lindos; en los ojos tiene la felicidad que llega a mí cuando ella me mira, trae el amor en sus manos, porque todo lo que ella toca, pienso que siente su amor...

Una vez la encontré comprando una olla para los frijoles y pude ver con que delicadeza la tomaba. La he visto regando las plantas en casa de doña Chole y a decir verdad desde que están a su cuidado florecen más y en más intensos colores. Un día caminando por la plaza, vi cómo se apresuró a levantar a un pichón que estaba herido, lo tomó con sus manos delicadas, lo acercó hacia ella y pude ver como el pichón cerró sus ojos, como si sintiera alivio; yo no sé si los palomos suspiran pero este sí, o no estoy seguro, tal vez el que suspiró fui yo, por el deseo de querer ser yo el palomo, se lo llevó para su casa para curarlo, y a

los pocos días vino de regreso a la plaza con la intención de soltarlo, ya estaba curado y ya había recuperado sus fuerzas, pero en cuanto lo soltó, este saltó y de un aleteo se paró en su hombro sin que pudiera evitarlo, sintiendo la ternura y la gratitud de ese noble animalito que decidió llevárselo a su casa.

Un día que llevaba un cántaro con agua me di cuenta que su vientre se parece a uno de esos jarrones alargados que tienen las señoras ricas en sus casas, que utilizan para poner lindos manojos de flores frescas, con la pancita bien chiquita pero bien formada.

Pienso que si ella tuviera un hijo sería maravilloso, y que en su vientre se reflejaría la alegría, el amor, y se vería tan hermosa como esas flores vivas en agua fresca; hay quienes tienen el vientre como las ollas tenamaztonas de doña Camila, la que vende atoles en el mercado: enormes y prietas como humeadas por la leña... bueno, aunque esas ollas no me gustan, el atole sí está bueno, sobre todo con pan de chiquigüite, con frijoles, con condocches y queso fresco.

Por cierto, ahorita en el cerro hay muchas estrellitas, esas florecitas blancas que se comen, también flores de ochote, la próxima vez que vaya para allá le voy a traer a Aurora un gran manojito para que las ponga en un jarro con agua. Ya sé lo que la gente ha de estar pensando de mí, por estar aquí aplastado con la mirada perdida como si no tuviera nada que hacer, pero si supieran todo lo que siento cuando la veo a ella dejarían de pensar que estoy taimado y que soy un desocupado, al contrario, estoy bien ocupado haciendo y viendo mis sueños; todos los tenemos, pienso yo, y no por eso estamos menos, también eso pienso. Más bien es que Aurora se mete tan dentro de mí, por mis ojos y por mi alma que lo de afuera deja de importar, y tengo que ver para dentro de mi todo lo que ella anda haciendo y la veo plantando un verde jardín en mi corazón, colgando jaulas con pájaros que cantan lindo en

mis sentidos y también, por qué no decirlo, barriendo toda la basura y la mugre que traigo aquí en el pecho porque cuando ella está aquí dentro, todos los malos pensamientos y los sentimientos feos como el coraje y la tristeza desaparecen.

La gente me critica diciendo que parezco tonto por mi vista fija, pero es que no saben, todo lo que siento cuando pienso en ella. De plano hay veces que para concentrarme mejor me bajo el sombrero hasta la altura de los ojos para evitar a los curiosos que siempre me están vigilando, así todo lo de afuera se ve mejor desde adentro. Últimamente lo hago en el cerro u otro lugar lejano donde pueda pensar y sentir a Aurora sin que nadie me moleste, porque un día que lo hice en la plaza, pasó el Pablito y me puso un manazo en la gorra y me asustó; es malora porque él no ve lo que yo veo...En otra ocasión me tapé los ojos de igual manera, pero allá atrás del templo donde casi no hay gente, estaba ensimismado soñando con Aurora que ponía flores blancas en su jarrón y para luego le acercaba yo agua fresca para sus flores, de pronto, me sentí mojado de las rodillas hasta el huarache, reaccioné rápido y vi que era agua caliente, así que no podía ser de la del jarrón, inmediatamente después oí unos ladridos junto a mí, ya recuperado totalmente me di cuenta que era el perro que viene con la persona del carretón que trae la carne a la carnicería de don Simón, ¡me orinó el muy tal!, mientras yo soñaba con Aurora escondido en la gorra.

Por eso mejor ahora pienso en Aurora con los ojos abiertos y no importa que digan que estoy loco. Luego la gente idea cosas de ella que no son ciertas, aunque pareciera que lo son me han hecho dudar, pero luego me arrepiento porque recuerdo todo lo que siento por ella dentro de mí; me han dicho que no es lo que parece, que es un ángel en forma de mujer, que los humanos solo nacimos para la desgracia y no para la dicha, en eso sí parece que tienen la razón, al menos yo y los que conozco así vivimos con pocas alegrías y muchos atrasos; pero es que hay quien llora las

penas para fuera de los ojos, y otras las lloran para dentro, pienso que Aurora es de esas... que lloran por dentro. También hay quienes ríen las sonrisas para fuera y otros la ríen para dentro, nomás para ellos, pero esas son gente mala, que van a hacer alguna fechoría, siempre traen los dientes apretados y las quijadas trabadas para con los demás, pero dentro de ellos no hay muchas sonrisas y satisfacción, porque andan pensando puras tarugadas y creen que todo les va a salir bien; pero yo he visto que son los primeros que se van de este mundo, los felices duran más.

Así como Aurora, que dicen que es un ángel, pero yo sé que es una mujer bien mujer porque lo que me hace sentir aquí adentro solo una mujer es capaz de lograr; ella, que vino al pueblo una mañana, de pronto, nomás así, se pareció en la plaza y parece que no tiene papá ni mamá, ni pariente alguno, que nunca llora ni pierde la cordura y muchas cosas más, pero la verdadera razón por la que está aquí es que se vino con doña Nazaria para que la enseñara a leer y a escribir con encargo de sus padres que viven allá en la sierra, bien lejos, y es la razón por la que es como es, alguien que está aprendiendo a leer y a escribir tiene que ser diferente, no como yo o la mayoría del pueblo, atajo de burros tochos que no sabemos comportarnos, siempre atropellando todo, gritando como locos, borrachos; o como las mujeres de aquí que lo único que les importa es tener un montón de crías, aunque no sepan para que, y mucho menos como criarlos, son hijos de la calentura, mira nomás que esperanzas que Aurora sea así, cuando tenga un hijo va a ser hermoso como ella y como ese manojito de flores blancas cuidadas con agua limpia y fresca .

¡... Mmhmm si yo pudiera...no que va!

Lo único que puedo es soñar debajo de mi sombrero; pero, por qué no he de poder, nomás porque no me decido, estoy empezando a creer lo que dice la gente de mí, eso de que estoy menso.

REALIDAD BAJO LA LUNA

A la luz de la vela está Oliva, queriendo esconder su dolor atrás de plastas y plastas de maquillaje, sus cachetes descoloridos como el queso agrio los llenó de rojo como los quesos cuando los enchilan para que se conserven o como la carne vieja que se adoba para que sepa bien y llame más la vista. El dolor le sale al rostro por entre las arrugas que son no de vieja sino de penas, esas grietas por donde han corrido las lágrimas como corre el río entre desquebrajadas piedras; esos ojos aun llorosos los pintó al borde de negro, queriendo esconder una mirada que prevé un presente oscuro y un futuro también de luto.

Su pensamiento rechaza la realidad que el espejo retrata, ve más allá de lo que el espejo le grita a la cara, ve más bien lo que imagina, que pronto será hermosa y rica, que llegará pronto el día que no sufrirá ya más; luego se pone el vestido de fiesta con encajes y velos que imita al de una princesa, pero se mira las manos casi sin uñas y con callos, los brazos flacos y duros por el trabajo que no sabe en qué ocultarlos, siempre quemados al sol; de pronto se da cuenta que su pelo está reseco, maltratado, trozado y enmarañado y corre a ponerse aceite, se hace un peinado fino el cual le da comezón; sus zapatos de ante color plata, opacos por los años guardados en una caja son insoportables, le lastiman los pies que están acostumbrados a andar descalzos entre la tierra y el sol, vuelve al espejo, se encuentra extraña, hace poses y ríe falsamente sin lograr ocultar nada, se siente hipócrita, mentirosa, y en un arranque de ira se desata el peinado, se arranca el vestido y avienta los zapatos lejos de una patada contra un camal viejo, que suena escandaloso como la situación de Oliva,

olvidándose que los cinco niños color del barro, duermen ya intencionalmente desde temprano. Deben quedarse en casa porque no hay ropa en buen estado, no ha habido con que comprar manta para hacerles calzones nuevos ni camisitas, a las niñas como quiera, Oliva les ha arreglado a la medida de la misma ropa de ella y aunque hubiera, ¿de dónde zapatos? es una vergüenza sacarlos así, además dan mucha lata.

Vuelve a ser ella, se siente mejor siendo honesta, se asoma a la ventana de madera vencida, ve en el patio de tierra a su marido esperándola recargado en una piedra, bañado como poco acostumbra, con la elegante postura como ella lo conoció, erguido con la mano en la cintura como todo un señor, y a la luz de la blanca luna resalta la arrogante figura de quien la enamoró, ¡qué mentira!, piensa Oliva mientras aprieta los dientes, si supieran todos los malos pensamientos que esconde bajo tan lustroso sombrero, si supieran qué poco hombre se esconde en tan peinados bigotes...y si supieran en que pasos tan torcidos andan tan brillantes botas, hasta parece otro, quien no lo conoce se traga el anzuelo como yo me lo tragué, cualquiera diría que es un hacendado, no sabiendo la miseria en la que vivimos y que así se viste para levantar elogios y lograr sus trampas.

Los bailes, las fiestas y la feria no dejan de ser una fiesta de máscaras, no es bueno agarrar en baile o en feria a un hombre o mujer para casarse, porque como andan vestidos y se portan son puritita apariencia unos y otros, unas y otras; sino me hubiera engañado con su brillante apariencia y su bola de mentiras, ¡nunca me habría ido con él sin saber quién realmente es!, pensaba Oliva bajo un rayo de luna que daba en su ventana mientras una voz se oía a la vez que su hombre entraba ¿No estas lista todavía para ir al baile?...

YA SE FUE MI HIJO

De haberlo sabido antes: ¡no! qué va, ¡tanto problema, tanto sobarme el lomo!, siempre sufriendo la esperanza, tanta friega, viviendo enemistados con otros para poder tener estas tierritas, desde oscura la mañana haciendo adobes, acarreando piedras para levantar la casita, arriesgando el pellejo para que nos dejaran quedarnos aquí, y es que en aquellos tiempos pos no nos querían, esa es la verdad; ya nomás nos veían pobres e ignorantes deseosos de vivir mejor y ya decía que éramos rebeldes, revolucionarios, inconformes, reaccionarios que éramos alzados y mal agradecidos con los “amos”, que de no haber sido ellos ¿Quién nos ofrecía trabajo?, y que de no ser por ellos no tendríamos alimentos; yo creo que más que ofrecernos nos obligaban a cambio de hambre, pero nosotros éramos al principio buenos “criados”, aunque los señores decía que valía más una vaca que un peón y la sangre de un puerco que la sangre de nosotros, aun así, hacíamos todo lo que nos mandaban y más, para ver si de agradecimiento no nos dejaban morir de hambre, y ayudaban a nuestros hijos y a nuestras mujeres cuando estábamos enfermos. Nomás queríamos que se nos consideraran como humanos, nada más; otros que decían que querían tener derecho les respondían que tenían derecho a callarse y a obedecer.

A mí se me murieron dos de mis tres hijos y para más tarde la madre de ellos, entre más agachábamos la cabeza más golpes nos sobraban, hasta mataban a los nuestros si al “amo” así le placía, y eso no era pecado entre ellos, todo lo que nosotros hacíamos sí, hasta enfermarse era malo, si te quejabas porque te dolía algo del cuerpo te azotaban que por holgazán; yo todavía traigo marcas en la espalda del látigo y del sable. A

otros de plano los fusilaron, pero ni la tierra que les echaban encima era de uno de ellos, aunque cuando enterraban a un peón los hacendados decían: ¡ya tiene la tierra que quería, ya debe estar contento!. Otros pobres decían: ¡al menos queremos tierra para pararnos, ni modo de pisar en el aire!

Era mucha la humillación, y más que la humillación la necesidad, por eso nos hicimos rebeldes, ni los Curitas metían la mano por uno, y eso que decían que los pobres éramos bienaventurados; lo que yo pienso es que ellos no querían ser bienaventurados porque tenían todo de sobra, para acusarnos y levantarnos la voz eran los primeros; nosotros nos humillábamos por miedo al maldito infierno, pero fue pasando el tiempo y justo queríamos eso, que el cielo empezara aquí y ellos nunca nos lo dieron; así que decidimos mejor pelear por él, contra los que lo tenían viviendo bien, y a nosotros a los nuestros nos dejaban eso, el puritito infierno de calamidades y necesidades. Nos decían muertos de hambre, pero era claro que los muertos de hambre eran ellos porque se comían hasta lo de nosotros y no ajustaban.

Yo era bueno entonces, se los juro, Dios lo sabe, ellos nos hicieron malos, rebeldes, corajudos como perros, pero a cualquiera que le toquen a sus hijos le tocan las entrañas y uno se levanta a defenderlos como sea; y eso yo hice con los míos, más por el que me quedaba vivo... pero ya no está, se fue, lejos, lejos, buscando el cielo donde no hay hambre ni necesidad o miseria alguna; la verdad yo lo entiendo, yo no contaba con eso, ni tampoco se lo pude dar, ¿Pa qué tanto hombre muerto en la revolución?, ¡¿pa qué tanto destrozo?!, ¿tanta sangre y tanta bala para qué? ¡pa nada!, ¡la sangre del General Zapata! ¿Quién la aprecia, a ver quién?... primero sembramos balas para después poder sembrar maíz, ahora queremos que se siembren letras. La tierra se regó con sangre antes que con agua y antes de comer maíz nos nutrimos de esperanza. Todo

fue para que la tierra se repartiera a los pobre y así fue en parte ¿pa qué tanto maestro asesinado en la Cristeada? Todos le entramos con el fin de que les dieran educación a todos, para que nos quitaran lo ignorante y ya no nos vieran la cara de tarugos, ¿pa qué tanto muerto caído en el Agrarismo? (si hubiera sabido Agustín, si hubiera sabido Avelino)... ¿de qué sirvió que me hayan dejado chueco de una pata donde traigo todavía la bala?, ¿de qué sirvió que el campo se dividiera en ejidos?, ¿pa qué?, si de todas formas se nos van los hijos... ¡nadie está contento, porque nada les costó!, si hubieran andado en la lucha no verían igual el sol. Asustados por la idea de vivir lo que uno, se van yendo, es que todos quieren ser patrones, nadie quiere ser menos que nadie, se avergüenzan de ser campesinos, nadie quiere ser rancharo, se me hace que seguimos en las mismas, con las ideas que hay gente más y gente menos, ¿Qué vale más el güero que el prieto?, ¿qué es más el licenciaio que el arriero? ¡qué juego!. Ay' ta' el campo abandonado solito como niño huérfano, abandonado a su suerte; y los viejos estamos igual, criamos hijos y les dimos todo lo que hicimos con las manos, para que cuando viejos cuidaran de nosotros como era la usanza, que fueran nuestro consuelo pues, ¿Dónde están?, unos en la ciudad, otros en el otro lado, y de todos modos no son "amos". No tiene nada de malo servir, al contrario, de lo que se fueron huyendo de aquí, allá lo fueron a hallar, por lo menos aquí tenían la gorda segura y el jarro de agua (la tierra que siembras con amor no te traiciona)... y en paz partíamos el pan y la sal, fuera noche o madrugada. Muchos allá se mueren y se andan peleando por el pan como perros porque sobra quien los odie. El menosprecio que porque son extranjeros, mexicanillos sin gracia, ignorantes y rancheros, desnutridos y hasta feos... ¡el mismo cuento de las haciendas pues!, así me tocó a mí de niño.

Yo con mis propias manos así levante esta casa de ado-

be, es cierto, de piedra y lodo, como yo nunca lo tuve pensé que eso lo era todo; hice las puertas de mezquite, la cuna, la mesa, todo lo que yo no tuve y que pensaba que el que lo tenía era rico, para cuando lo viera se sintiera re orgulloso mi hijo, pero no pensó igual él, él nomás vio un montón de piedras y palos con lodo, al igual que oyó la historia de Zapata y lo demás como si fuera un cuento de poca monta, cuando le contaba con detalle de los sufrimientos de la lucha y de la muerte de su madre nomás decía: ¡ah, que apá, los tiempos ya cambiaron!...

Ya viene mi hijo en camino, hoy regresa de los Estados Unidos, hace como cuarto de siglo que se fue, una carta aquí y otra allá muy de vez en cuando, eso es todo lo que yo tenía de él. Ya viene mi hijo de regreso a ésta su casa, sólo un ratito estará, para luego lo llevaremos a su última morada; ¿Quién lo mató? ¿por qué lo hizo? nadie sabe, dicen que fue por racismo; también viene el niño con él, el que es su único hijo, no me conoce, no lo conozco, lo único que sé es que no habla como yo, no habla mexicano, aunque está prietito como el tata; viene a quedarse conmigo, no sé cómo nos vamos a entender, yo creo que a señas, ¡ya que le vamos a hacer!. Allá su madre se fue, nunca la vieron volver, era güera ¡de aquel lado pues!, y yo que no los trago, ¡ustedes saben por qué!... Pero este trae mi sangre, ya que le vamos a hacer, el perdió a su padre y yo perdí a mi hijo, ¡un niño y un viejito!, todo esto va a ser de él cuando yo falte, le voy a enseñar que ame todo esto que la Providencia nos dio, que aprenda a montar, a agarrar el arado, a nadar en el río y a pepenar los pescados, que use el hacha y el machete, ¡hasta el máuser le voy a prestar!, ¡ah! pero eso no es todo, que vaya también a la escuela ahora que hay, (aunque yo pienso que la justicia, se trae en la sangre no en los libros ni en los discursos), para que aprenda a deletrear, (que sea un buen mexicano), yo no sé ni la “o” por

lo redondo...Ay' tengo la petaquilla llena de libros de historia que me regalaron, pero para que los quiero si eso yo lo viví, ¡a mí que me van a contar!; nomás veo las fotos que traen, la de mi general Zapata, cuando le veo la mirada leo que me dice: "No te me quiebres, todavía hay mucho que hacer fájate como los hombres". Veo las fotos de los crímenes contra los campesinos y todavía me hierve la sangre, agarro el machete y el hacha y contra un tronco saco la fuerza de mi alma, esa es mi forma de leer mis libros; no como ese profesorcito que había allá en el rancho de enfrente que se dormía leyendo, y los muchachillos con la historia de los revolucionarios se agarraban riendo. Perdónenme mis lágrimas, ya llegó mi hijo, voy a recibirlo.

EL MUERTO

Sí señora, sí conozco al muerto ¿A Librado se refiere usted? Sí, a Librado, a Librado Puentes. Pues... ¿Qué le diré señora, que le diré de lo que anda buscando? Mire, pues, viene de vez en cuando aquí a la cantina, a veces seguido, a veces no tanto, la verdad es que es un tipo muy raro, pero se ve usted una mujer decente como para que entre a una cantina y para que ande buscando a un tipo de la calaña de Librado, pero bueno, no se ofenda, a veces las apariencias engañan, ¿Usted no es de aquí verdad?, no, no lo soy. Si, a leguas se nota, oiga señora y a todo esto ¿Por qué le dicen Librado al muerto? Querrá usted decir ¿Por qué le dicen muerto a Librado? Ándele, eso, usted sí lo dijo bien, pues que le diré... la verdad no le tengo tanta confianza para decírselo, apenas si lo conozco y aunque lo conociera no se lo diría. Pueque tenga razón señora, pero ¿es muy delicado o qué? No, no, más bien honra de las mujeres; bueno pues total se lo voy a decir ... más bien es una ventaja no conocernos y como además creo que usted sabe más de Librado, yo le cuento, y usted me cuenta lo que sabe de él ¿Qué le parece? Palabra que sí, contestó el cantinero, María Valdivia se acomodó la falda, se echó el pelo atrás de los hombros, suspiro profundo y comenzó a narrar: mire, entre las mujeres salió eso del muerto, por muchas razones, pues usted lo ha visto, casi no habla, o más bien no habla, y no porque no tenga lengua o no pueda, sino porque no le viene en gana simplemente; luego, tiene los ojos hundidos y la mirada seca, pero la verdad la verdad lo de muerto es porque tiene las manos bien frías y nunca se le calientan, como si en ellas no le corriera la sangre, pero a pesar de lo frío es de lo más bonito cuando lo toca a uno, y acá por abajo del agua le

diré: así como lo ve siempre callado, sin voltear a ver a nadie, siempre solo, pos así se mete con un titipuchal de viejas, ¿Por qué? no lo sé, pero hace falta estar con él, pero por otro lado no se puede hacer vida formal con Librado, porque sin hablar, sin verlo a uno, pos así no se puede, y luego ya ve, nadie sabe dónde se mete días enteros y luego se aparece sin dar explicaciones, a veces se desaparece tantos días que luego la gente empieza a decir: ¡ya se ha de ver muerto por ahí!, y otros dicen cuando se lo vuelven a encontrar que no saben si es Librado o su aparición...

¡Ándele!, pues por eso creíamos acá entre los hombres que le decían el muerto, porque aparece y desaparece, y un día pregunté y me dijeron que además porque parecía que no sentía, ni dolor ni alegría, que pase lo que pase delante de él ni lo asusta ni lo enfada. Otros dicen que porque da miedo esa serenidad oscura que siempre trae en la cara, la verdad es que sí asusta; como que no tiene alma, a veces parece una estatua inmóvil con la mirada perdida, pero luego luego se ve, que el día que haga algo va a desbaratar lo que se cruce en su camino.

Y... bueno doña, ya entrados en confianza, le voy a decir algo que espero no la lastime porque a leguas se ve que usted lo quiere, pero en fin, pienso que lo puede encontrar al final de la calle de atrás, eso es lo que he oído últimamente, que lo han visto entrar a la casa de Cúspides, la viuda de Zoilo Cruz, que se murió hace un par de meses, váyase por todo el callejón y ese desemboca a la calle casi enfrente de la casa de Cúspides; va a ver una casa casi toda de cantera con rejas de fierro que protegen las ventanas, luego a un lado que huele a puro cuero y es que allí estaba la tenería de Zoilo Cruz y como no lo han vaciado pos todavía apesta, antes allí fue una fábrica de velas de cebo, todavía tiene el letrero arriba, enfrente hay una finca de adobe toda caída así es que no tiene pierde;

por cierto, esa finca Zoilo la dejó como cueva de tlacuaches de tanto hoyo que le hizo buscando un tesoro que nadie sabe si lo encontró, lo cierto es que se fue unos días para allá pal rumbo del Tiul y a los días llegó la noticia de que había muerto, allá mismo lo enterraron, unos dicen que fue del corazón, otros que fue de engasado porque encontró el dinero y no le dijo a nadie, quien sabe pues que sería, lo único cierto es que se murió, aunque tampoco me consta ... Bueno pos yo ya me voy, la verdad tengo prisa, a ver si doy con Librado, muchas gracias señor que Dios se lo pague.

Al salir a la calle el polvo la recibió remolineándose sobre ella y haciendo tronar las puertas y las ventanas de madera seca de las casas, María Valdivia entre tosidos se restregaba los ojos y se limpiaba la cara, con los ojos entrecerrados se percató que una figura borrascosa se aproximaba hacia ella, sintió cuando su mano se extendió y la tomo del brazo, no hizo falta ver bien para saber quién era, lo frio de la mano que contrastaba con el calor del día y la ausencia de palabras le hicieron saber que era Librado; ¡Librado, te andaba buscando, que gusto volver a verte! Pasó un momento de silencio, Librado la soltó y Valdivia escupió el polvo que le raspaba la garganta, ¿no me escuchas? ¡te andaba buscando! En eso salió Cúspides con la bolsa del mandado en una mano y en la otra el hijo de Zoilo que le dejo; ¡vámonos Librado, encontré todo menos cerillos y sal!, ¿Quién es esta mujer, Librado? preguntó Cúspides mirando de arriba abajo a María Valdivia; una señora que conocí en un rancho, y ella ¿Quién es, Librado?, ¿otra señora de otro rancho?, preguntó Valdivia; sí, contestó Librado mientras se alejaba hasta uno de los pilares de los arcos, sobre el cual descargó un puñetazo, mientras que las viejas ya se mataban con las miradas trabadas a punto de arrancarse una sobre la otra, de no haber sido por el niño que seguía en manos de Cúspides y por el cantinero que se llevó a Valdivia.

Ya con los ánimos más fríos, en medio de aquel calor, Librado regresó agachado, le echó el brazo al hombro de Cúspides, se colgó el morral y se fueron haciendo chiquitos por la distancia hasta que ya no se vieron. Cúspides volteaba de vez en vez buscándole la cara a Librado como pidiéndole cuentas pues, pero Librado aprovechaba que el niño se había querido ir en brazos de él y que le atajaba la mirada de Cúspides por un lado, y por el otro el sombrero, iba bien atrincherado entre el pequeño y la gorra que le escurría el sudor, quien sabe que pasaría ya en su casa, pero yo creo que nada malo porque siguieron viviendo juntos. Sólo Dios sabe a dónde iba Librado el día que agarró el camino que sale para las huertas y luego al río y luego al monte que cruzándolo está el otro pueblito, pero Cúspides contó que dejó esto escrito: Iba yo de camino a las huertas y a lo lejos en medio de dos sauces vi un nicho con una cruz, a buena distancia, de esas que ponen donde cae el cuerpo de alguien que muere porque lo matan allí o porque allí lo avienta el caballo o algo parecido; apresuré el paso porque me ganó la curiosidad, ya que yo no sabía de la muerte de alguien allí, apreté más el paso y cuando llegué comencé a leer: Librado Puentes, 06 de Febrero de 1870 ¡mi nombre y una fecha que aún no llegaban!, hoy es 01 de Febrero; no podía creer aquello, me sentí mareado y confundido, me revisé todito. Con la vista y con las manos para comprobar que estaba completamente vivo, mejor me regresé a la casa sintiéndome extraño y con muchas dudas, llegué y me tiré en el catre, mientras Cúspides me decía con notoria preocupación: ¿Qué tienes Librado? Te ves enfermo, estas pálido y tienes enormes ojeras... ¡No, no siento nada!; me dormí todo ese día y temprano del otro me levanté para ir a ver si estaba la lápida, ¿o lo había soñado? ¡Seguramente eso habrá sido, un mal sueño!, a menos que me estuviera volviendo loco, pero al llegar al camino alcancé a ver que donde estaba la lápida

había muchas mujeres de luto y llorando, solo mujeres, no había un solo hombre, y era claro, si nunca tuve amigos, con la excepción del niño de Cúspides que ya se había encariñado conmigo; todas tenían flores en sus manos, pero ningunas tan bonitas como las de Cúspides que también estaba allí.

Me regresé, era 02 de Febrero, llegué y me salió al encuentro ella con su falda blanca y su blusa rosa, el niño estaba dormido, ¿Cúspides fuiste a las huertas?, ¿Yo?, no por supuesto, ¿Por qué?, mira que boca traes Librado, reseca y blanca como ceniza, ven, tómate un poco de agua; de allí me llevó a la cama y me dio un remedio que ella preparó. El día 03 fui y me asomé desde la loma y ahí estaba la lápida, pero ya no estaba el montón de mujeres del día anterior, solo una, Cúspides, con su vestido negro y sus blancas manos cuajadas de flores rojas. Regresé a la casa y el día 04 ya no pude ponerme en pie, no tenía fuerzas ni en el cuerpo ni en el alma, platiqué un rato con Cúspides de todo lo que me guardé para mí solo toda la vida, Cúspides por fin me conoció al revés y al derecho desde que fui niño, día por día le conté hasta el momento que la conocí. Las cosas que pensé que la asustarían o que la harían odiarme la hicieron reír... ¡De haberlo sabido antes! El día 05 me costó más trabajo hablar, aunque en realidad ya no tengo nada que decir, todo lo sabe Cúspides, y desde que hablé con ella me siento ligerito por dentro; enfermo, muy enfermo, pero libre. Mis últimas palabras llenas de gratitud fueron para ella: ¡Te amo Cúspides! Y entonces sí, mi boca se cerró; lo último que sé es que están dando las doce en el reloj de la Iglesia o el comienzo del día 06, y me estoy yendo con el aire cada vez más lejos junto con el sonido de las campanas, mientras que Cúspides duerme en una silla aquí junto a la cama por aquello de que se me ofrezca algo.

A VISTA DE HALCÓN

Desde entonces, yo te admiraba, padre... porque tú levantabas la piedra grande, yo solo el polvo que lo hacía por juego, tú por tu hijo y mi madre. Siempre quise tener tus grandes manos, tu fuerza y tu pensamiento, para hacer de todo y de nada, mis juguetes y mis juegos.

Siempre quise tener tus pies incansables, por eso cuando dormías me paraba en tus huaraches. Quería tener veinte años para ser igual de alto que tú, quería unas alas tan fuertes como tus brazos, que me levantaran por los aires y me hicieran sonreír; quise tu rebaño de ideales que al día los sacaba a pastar; quería la loca alegría de cuando briago jugabas y te hacías niño, para llevarla conmigo cuando volara hasta el cielo, para dormir volando sujeto con un hilo que no se vea, como cuelgan las arañas; de una nube atado, desde allá de donde se ve más pequeña nuestra pequeña casa; desde donde se ve el techo de arriba, solo el barro no las vigas; desde donde se ven como hormigas los puercos y las gallinas y como una mancha en el suelo mi perro el canelo. Desde donde se ve el agua del pozo como un azuloso espejo, tu barbecho, los salatres y los cuervos, el arroyo, los cerritos, el camino que da al pueblo, las mulas, los burros y los arrieros.

Vería todo lo que a mí me gusta, sin moverme del mismo lugar, porque de aquí no veo el camino ni el arroyo, tengo que ir a donde están. Yo siempre te quise padre, desde la gran rudeza de tu trabajo hasta la más noble y pequeña piedra que te cubre en tu descanso; siempre te quise de blanco, con tu sombrero y descalzo; te quería con tu corazón limpio y tus manos y tu ropa sucia del trabajo; quise la carne de maíz que sacabas de la tierra con tu astucia, el trozo de carbón de la

chimenea sobre el papel, para enseñarme tu universo de tres letras; te quise aun cuando escuchaba tus silencios y veía en tu vida dura, oscuridad; te quise como mi madre a su costura, como tú querías tu semilla guardada pa'l temporal. Y ahora tú, como el granito bajo el suelo, brotaste de la tierra germinando al cielo, desde donde vas como un halcón todo lo que tanto amaste, todo lo que me dejaste y que ahora yo lo quiero.

OCTUBRE DE 1988

NANA CAMPESINA

No porque me veas agachado creas que no te estoy viendo... ¿o a la tristeza nomás tú tienes derecho? No... no creas que me es indiferente tu trabajo, mis ojos trajinan todo el día con tus manos, con tus muecas y tus pasos, con tu vida enmarañada, como haces tu destilado.

De la cocina al pozo, del pozo a barrer en el patio; y a veces van contigo al río, se quedan en el lavadero de piedra o en el tendido de trapos. Cuando te enfermas de nostalgia y desesperación, sin tener más medicinas que las que haces de lloro y resignación. Cuando envuelves tus penas en el rebozo oscuro, y el trozo de espejo no se entera, lo que esconden y planean la tristeza de aquella cabeza negra. Cuando tus gritos de dolor se callan, cuando comes sal con yerbabuena, cuando trituras el nixtamal en el metate y lo haces llorar masa buena. Cuando en la cocina oscura, alumbra más tu figura que la llama, que inútil se quema sin si quiera cocer una tortilla, solo consumiendo la pequeña vela. Cuando a tus remedios de yerbas los hace sudar el comal caliente, las brasas de leña y el vaso de peltre, sudan para curar y alentar a levantarme. Cuando mascas la realidad y al saberte amarga, escupes rosario de maldiciones. Cuando miras de reojo el cuadrito del santo y quieres reprocharle algo, decirle que algo te debe, o que valen cuernos sus milagros, ya cuando menos que te de lo de las veladoras ya que no te hizo lo que le pediste a cambio; pero luego te conformas y sigues en la vida... por eso te admiro y te quiero, porque a pesar de todo no quieres morirte para dejar de sufrir.

Quieres seguir con la esperanza que te mantiene al día, que temprano te levanta... que aunque cansada te acompaña al agua, con la mancuerna y la cabeza agachada. Esa es mi

admiración, después de toda la carga tienes tiempo y sacas fuerzas, no sé de donde, que sé yo, tal vez sea la esperanza o será resignación, pero entre que vas y vienes entonan una canción.

AGOSTO DE 1988

NADA SE HA IDO

Por aquí no ha pasado el pasado, aun se oyen las barras golpeando la piedra, y el abrir el suelo de los talaches. El campaneado de las tortillas cuando caen sobre el comal, y el agua que vacía el cántaro, se escucha como el fondo de una canción triste. Corre el sudor por las manos, la tierra en la frente, en los pies el barro, los hombres y las mujeres huelen a trabajo, es decir, a sudor pagado barato. Huele el maíz y el frijol, la tierra mojada y la ropa limpia que se tiende al sol. La boca sabe a sudor salado, a agua dulce y a la vida amarga; se piensan los pasos que son muy escasos y no avanzan nada. La lluvia refresca y empapa la espalda reseca; se sienten ganas de que las herramientas en las manos se nos vuelvan armas, en la oscuridad se palpa a la mujer amada; las costillas descubiertas y el vientre abultado, tristeza y alegría, viene pronto otro chamaco, para que sufra igual que todos, ¿se hará revolucionario?...

Entre las cobijas el rostro de un niño, que duerme tranquilo y espera soñando; con que llegue el sol para sacar al patio sus juguetitos de palo, su fusil pequeño, su mula, su arado.

Las balas del cañón simuladas en sus canicas de barro... o su trompo que da vueltas como loco en la palma de su mano y luego que ya se cansa de vuelta y vuelta se empina y se va de lado, como cuando se toma hartos vino y se pone uno borracho y hasta que ¡pum! Se estrella en un arrendón y se dispara volando; como los pensamientos que salen cuando uno ve al cielo, estremeciéndose, como el cuerpo se estremece cuando mejor se está soñando.

AGOSTO DE 1988

HOY EL MUNDO SE DETUVO

5 de la mañana, un terrible frío con viento fuerte invade las casas y se cuela por las rendijas de las puertas, todo es silencio, hasta los gallos están entumidos, nadie se levanta temprano, bueno casi nadie, excepto la abuela. Se escuchan unos huaraches viejos que se arrastran lento cruzando el patio; la abuela va rumbo a la cocina, envuelta su cabeza en un rebozo gris para no respirar el aire frío, tose de vez en cuando, a lo que ella le llama carraspera. Toca el agua de la cubeta y rompe la delgada capa de hielo que la cubre, “¡heló anoche!”, dice para sí misma en voz baja, se enjuaga las manos y siente que el agua de tan fría le quema, pero no se queja, ya está acostumbrada, las manos están encallecidas y cuarteadas por el trabajo y la tierra, en las noches se las embadurna con glicerina y limón, de algo le ayuda. Aunque sus manos son ásperas y duras, cuando te toca, en realidad, son suaves, sientes que te quiere cuando te toca. Mientras ella muele el nixtamal, torrea y hace el almuerzo, todos duermen. Los hijos y los nietos, todos sueñan con grandezas, ella dice que ya no quiere soñar que le gusta más la realidad, aunque sea cruel, los sueños de los muchachos están envueltos en gruesas cobijas, los más chiquillos deben levantarse tarde porque están encatarrados, con terrible tos, algo han mejorado con la infundia de gallina que les preparó la abuela y se las pusieron en la nariz antes de irse a acostar, en las tardes les prepara caldo de pollo con mucho jugo de limón. Todo está bien porque ella está ahí, puede resolver los problemas de todos a pesar de que no fue a la escuela y es terriblemente pobre. Desde que se fue el abuelo ella va allá junto a la cerca del corral y al salir el sol se le ve llorar en silencio, le hemos oído que dice: “¡un día más sin ti, un día menos para estar contigo!” –todos sabemos que aunque no lo diga sigue amando al abuelo.

Se seca las lágrimas con el rebozo y vuelve a la cocina a seguir trabajando, o al patio a quitar las hojas secas de sus hierbas que tanto cuida y de las que nos hace té para tomar o para remedios.

Así es todos los días, menos hoy. Nos levantamos tarde, los chiquillos corrieron a la cocina, no había almuerzo, ni la chimenea prendida, no olía a frijoles ni a huevo con chile; la cubeta estaba llena y en su lugar como la deja la abuela la noche anterior. Corrí a su cuarto a buscarla, la encontré dormida del sueño que ya no se despierta, se había ido con el abuelo, estaba envuelta en su rebozo y sus pies en un gabán que fue del abuelo, el gato estaba a su lado y cuando me vio entrar maullaba como quejándose de que se había ido. Me acerqué, me arrodillé junto al catre, tomé su mano tan fría como el agua de la cubeta serenada, en su cara había paz, en la puerta del cuarto la familia se amontonaba, cuando voltié a verlos, todos soltaron el llanto y se abrazaban, los chiquillos entraron y le besaban las manos, uno de ellos le decía: “¡dame de almorzar abuelita tengo hambre!”... Un rato después todos teníamos hambre, nadie puso nixtamal, nadie torteó, ese día en la casa “el mundo se detuvo”; vino a mi mente lo que la abuela nos decía siempre: “si quieren ser alguien en la vida sueñen menos y trabajen más”... ese día nos dimos cuenta de lo sabia que era y de cuánto nos amaba; la rodeamos de flores de su mismo jardín, le dimos gracias a Dios por su vida, todos le dimos un beso en la frente, otros en las manos; al amanecer la despedimos, temprano como a ella le gustaba; ese día triste vimos qué hermoso es un amanecer. Regresamos a la casa sin la abuela, ella ya estaba con el abuelo. Entre todos prendimos el chimal, mi hermana mayor hizo de almorzar, nada sabía igual, otros regaron sus plantas y les quitaron lo seco de sus hojas mientras que unos a otros nos decíamos: “¡si quieres ser alguien en la vida sueña menos y trabaja más!”...y alguien más le agregó: “¡si quieres llegar a viejo y morir en paz como la abuela, sueña menos y trabaja más!”.

ÍNDICE

9	RUIDOS DE LA MAÑANA
14	CUENTOS DE MAMÁ JESUSITA
19	AQUÍ ENTRE LA LUMBRITA
25	EL COCHINERO
31	COSAS DE DOÑA ROMANA
35	¡AH QUÉ INOCENCIO!
38	BORRACHO Y EN BICICLETA
42	¿DE QUÉ MURIÓ EL POLLO?
46	EL CALLEJÓN
49	EL ORIGINAL PAN DE MUERTO
53	EL PALO MÁGICO O LA HISTORIA DEL SANTO CHOMO
56	EL TESORO EN LA NUBE
59	LA SUERTE DEL COTORRO, EL GALÁN LA DESEA
62	MARÍA DE PALO
71	¡¿QUÉ PASA CON ESTE HOMBRE?!
74	UNA LOMBRIZ GIGANTE EN MI ESTÓMAGO
76	VAMOS A LA FERIA QUE YA ESTÁ ANOCHECIENDO
80	DE MASA Y DE CUAJADA
82	PURA CENIZA

84	AURORA
88	REALIDAD BAJO LA LUNA
90	YA SE FUE MI HIJO
95	EL MUERTO
100	A VISTA DE HALCÓN
102	NANA CAMPESINA
104	NADA SE HA IDO
105	HOY EL MUNDO SE DETUVO



MTRO. JORGE ARISTÓTELES SANDOVAL DÍAZ
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE JALISCO

LIC. ROBERTO LÓPEZ LARA
SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO

DRA. MYRIAM VACHEZ PLAGNOL
SECRETARIA DE CULTURA

DR. TOMÁS EDUARDO ORENDAIN VERDUZCO
DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL

LIC. SAMUEL GÓMEZ LUNA CORTÉS
DIRECTOR DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

PUROS
CUENTOS

Se terminó de imprimir en los talleres de
Offset Studio, Miguel Blanco 1399,
Col. Americana, 44100,
Guadalajara, Jalisco.

Se tiraron 1000 ejemplares
Octubre 2016